

## La elocuencia de los números

Anteayer publiqué unos datos numéricos comparativos del poder militar de España y del de los Estados Balkánicos. Era un poco atrasado el estudio, pues se hizo sobre los presupuestos de 1909.

Los de 1911, que ayer quise y pude compulsar, no modifican ni una línea mis deducciones.

Véase, si no, este cuadro comparativo:

PAISES	Extensión territorial. Kilómetros.	Habitantes.	Presupuesto de guerra.	Ejército en paz.	Ejército en guerra.	N.º de jefes y oficiales de los Cuerpos de combate.
España...	497.244	19.900.535	188.356.697,21	115.432	281.685	16.881
Bulgaria...	96.345 (5 veces menor)	4.329.108 (5 veces menor)	39.642.061	57.491	210.000 380.000	3.807
Grecia...	69.679 (7 veces menor)	2.631.952 (7 veces menor)	21.312.018	29.360	115.200	1.688
Servia...	48.303 (10 v. menor)	2.922.058 (7 veces menor)	27.008.932	34.131	175.000 (Dupcabs)	1.937
Montenegro.	9.080 (55 v. menor)	250.000 (87 v. menor)	187.500	45.000	60.000	»

Suman los presupuestos de Guerra de los aliados..	88.150.511 ptas.
Importa el presupuesto de España.....	188.356.697 »
Diferencia.....	Ptas. 100.206.186 que gasta más España.
Sostienen en paz los aliados un ejército de..	165.982 hs.
El ejército en paz de España es de.....	115.432 »
Diferencia.....	50.550 » que tiene menos España.
Hombres.	
El ejército en pie de guerra de los aliados es de.....	730.200
El de España.....	281.685
Diferencia de hombres que tiene menos España.....	448.515
Jefes y oficiales	
La oficialidad combatiente de Bulgaria, Servia y Grecia, suma.....	7.432
En España existen.....	16.881
Diferencia que tiene más España.....	9.449

### RESUMEN

España, con cien millones doscientas seis mil ciento ochenta y seis pesetas de presupuesto de Guerra más que Servia, Bulgaria, Grecia y Montenegro reunidas, tiene, en paz, cincuenta mil quinientos cincuenta hombres menos, y en guerra su poder numérico es inferior en cuatrocientos cuarenta y ocho mil quinientos quince combatientes.

El material de guerra de los Estados Balkánicos es moderno é inmejorable.

El de España, deficiente.

Las movilizaciones de los aliados han sido modelos de movilizaciones.

En España, la pequeña movilización á que obligó la huelga ferroviaria, ha costado catorce millones de pesetas: la mitad del presupuesto de Guerra de Grecia.

Los soldados de Bulgaria, de Servia, de Grecia y de Montenegro, especialmente los de las dos primeras naciones, están perfectamente instruídos; los reservistas, gracias á

las periódicas llamadas para maniobras, van á la guerra como lo que son; como veteranos.

En España, los regimientos, que tienen «en el papel» miles de hombres, forman la mayor parte del año con quince y veinte soldados por compañía: no hay maniobras que, en verdad, merezcan tal nombre: los reservistas, cuando tienen que reincorporarse á filas—recuérdese Melilla—han olvidado sus hábitos militares: los ejercicios de tiro se escatiman porque no hay dinero para ello (!!)...

La oficialidad de los cuatro Estados Balkánicos estaba, por lo visto, preparada á conciencia para la guerra que tan victoriosamente han emprendido. Dijérase, al no tar cómo mueven las tropas sobre el terreno, que conocen el suelo de la Turquía europea como su propio suelo.

En el Rif sufrimos más de un descalabro porque las columnas, algunas columnas, se perdían á tres kilómetros de la Plaza...

Y el presupuesto de la Guerra crece siempre.

LEOPOLDO BEJARANO

El Liberal del día =

## La caricatura de hoy

Para demostrar á los carlistas que me tienen completamente sin cuidado sus insultos y sus amenazas, les he hablado en todos los tonos: desde el fuerte al suave; y en todos los estilos; desde el serio al irónico, y desde el zumbón al grosero.

En láminas, he publicado varias que justifican el dictado de incendiarios, crueles, inhumanos y asesinos, que tan bien se ganaron en las dos guerras; faltábame únicamente, para probarles que estoy decidido á imitarlos, resucitando todo el pasado, dar alguna de las infinitas caricaturas que inspiraron durante la segunda guerra, y después.

Y al efecto, reproduzco en este número la caricatura de D. Carlos que en 12 de Octubre de 1883 publicó *La Mosca Roja*, semanario de Barcelona.

En ella podrán saborear las cualidades y atributos que le colgaban á poco de terminar la guerra á su Rey y Señor, cuando todavía y por todas partes se hallaban vestigios de las devastaciones carlistas.

Ya iré dando otras caricaturas, alternando con láminas que representen actos vandálicos, para que el ridículo ayude á acabar con esas gentes, que se nos quería presentar ahora como capaces de regenerar á España.



## Humorismo

Me escribe desde París un correliario que quiero mucho, y á quien le llaman Nicolás Estévez:

«Amigo Nakens:

Acabo de leer en el núm. 42 de El MOTIN, pág. 5, lo del *Pendiente epiléptico*.

¿Pero es verdad que á usted le ha sorprendido la cosa? No puedo creerlo.

Sabido es que en Reus, como en todas partes, ven visiones las beatas y todos los que van á las iglesias.

Además, si un loco hace ciento, un visionario hace mil.

Toda chifladura es contagiosa.

El pendiente no se movería; pero lo cierto es que quien mira fijamente un objeto inmóvil, lo ve moverse.

¿No ha visto usted un Cristo que abre y cierra los ojos, siendo una mala estampa?

Acuérdese usted de aquel famoso prestidigitador, silbado por el público en Venecia, que para rehacer su fama prometió que al día siguiente, á la tercera campanada de las doce, le haría mover la cola al león de San Marcos.

Y á la plaza de San Marcos fué todo Venecia.

Y todo el mundo vió que el león meneaba el rabo á la tercera campanada de las doce.

Entre diez mil testigos hubo uno solo que negara el hecho: lo apalearon.

Y el prestidigitador se acreditó.

¿No son prestidigitadores todos los que viven de los santos, sugestionables todos los que van á las iglesias?

Pues velay.»

No, querido Estévez; no me ha sorprendido. ¿Cualquiera se sorprende de nada tratándose de unas gentes que están convencidas de que tres es uno, y uno es tres! Lo único que yo quise averiguar es en qué había parado el asunto.

Esto no obstante, aprovecho la ocasión para confiarle á usted, pero á usted solo, un secreto que pensaba haberme llevado á la tumba: el de que quizás sea posible que acaso á última hora me dé por confesar que tal vez sean ciertos los milagros que negué toda mi vida; pues de que se realizan, no me cabe ya la menor duda, aun cuando no los comprenda.

¿Cuál mayor, entre todos los que exhibe el catolicismo, que el de ver á los republicanos creyendo que el león revolucionario mueve la cola, por que así se lo aseguran los ocho ó diez prestidigitadores de tanta? Ninguno.

Sólo se da un milagro mayor que ese, pero no en el catolicismo; en el republicanismo: el que realiza semanalmente un necio que se ha pasado lo mejor de su vida negando, como aquel otro de la plaza de San Marcos en Venecia, que el león revolucionario moviese la cola; y que ha sido apaleado moralmente, y no una, sino muchas veces; y ese necio es

JOSE NAKENS

## Uno más

Ayer, domingo, se celebró un mitin en el teatro de la Gran Vía, para pedir tres cosas: revisión de todos los procesos donde recayó sentencia de muerte con motivo de la Semana trágica, reforma del Código de Justicia militar y derogación de la Ley de jurisdicciones.

Lo presidió Melquiades Alvarez y pronunciaron elocuentes y enérgicos discursos los señores Castells, Miró, Simarro, Soriano (Rodrigo), Iglesias (Pablo), terminando el acto con uno del Presidente, magistral como suyo, leyéndose muchas adhesiones de personajes extranjeros y nacionales, y abundando los vivas y los aplausos.

¿Finalidad del acto? Dejo la palabra al Sr. Alvarez, que dijo al terminar su discurso:

«Pediremos la revisión. La pediremos, sin conseguirla. Tenemos que pedir la reforma de la ley. No accederán á nuestra petición. No os hagáis ilusiones. Vivimos en un régimen en que los derechos de la justicia se maltratan, y se atropella la libertad y la justicia.

No conseguiremos nuestro objeto hasta que el Pueblo, convencido de que esto no lo ha de alcanzar sino por su propio esfuerzo, exprese su voluntad y dé en tierra con tanta vergüenza y villanía.»

Secundo la ovación indescriptible que el público tributó aquí al gran orador, y pregunto:

«Pues si se sabe de antemano que no se conseguirá nada hasta que el Pueblo realice lo que desea, ¿para qué el mitin?

Todo lo que se dijo fué verdad, pero verdad que, de puro sabida, esta espuesta á ser olvidada. No sé que hubieran respondido los oradores que son diputados, si alguien llega á hablarles así:

«Todo eso está muy bien; pero es para decirselo constantemente allí, en el Congreso, á quienes lo niegan ó lo rechazan; no aquí, á nosotros, los convencidos. Otras resoluciones pedimos y otros actos aguardamos.»

Si, no sé que hubieran podido responder, ya que todo lo que se viene diciendo hace años en los mitins, se parece en lo monótono al *morir habemos* de los cartujos, que exige esta respuesta: *ya lo sabemos*.

Se comprenderían estos llamamientos al Pueblo, para hacer propaganda de una idea nueva, ó para excitarle á una acción inmediata, ó para persuadirle de que debía obrar en éste ó aquél sentido; ¿pero para decirle que existe un mal cuyas consecuencias toca él en primer término, ó para indicarle dónde está el remedio, sin ponerle en condiciones de que pueda aplicarlo?

¿Para eso no, para eso no!... Podría llegar un momento en que creyera que se burlaban de él ó le insultaban: que se burlaban, al suponerlo tan imbécil, que necesitaba un cuarto de siglo para enterarse de lo que le decían; ó que le insultaban, al creer que, una vez enterado, po-

dria negarse á secundar las iniciativas prácticas que tomasen los que ahora le convocan, como el domingo, para celebrar un acto que de antemano saben que no ha de producir resultado alguno; y para darle la estupenda noticia, de que esto no ha de acabar hasta que él dé en tierra con tanta vergüenza y villanía.

La frase es de efecto para arrancar aplausos en un mitin; pero expuesta á que los concurrentes pensarán:

«¿Y cómo podremos expresar nuestra voluntad, cuando los encargados de encauzarla no se entienden? ¿O se quiere que imitemos á los autores de los *Manuales de cocina*, que dan la fórmula de un guiso, diciendo: «*Tamarás un pavo*», sin decir de dónde? Convencidos, de sobra lo estamos. Resueltos, no hay uno que vacile. Pero ¿y el pavo, *dónde está*? Además ¿quién nos da ejemplos de aconegación y desinterés? Si no se entienden hoy los que nos piden que unamos nuestras voluntades para el común esfuerzo, ¿quién nos garantiza para mañana el reinado de la Libertad y la Justicia?»

Y si hubieran pensado eso, habrían pensado bien.

## Todavía no

Se equivocaría el que supusiese, al leer ciertos trabajos míos de ahora, que me domina ya el pesimismo.

No; todavía, y á pesar de cuanto veo, oigo y sé, no ha logrado el pesimismo rebasar en mí la categoría de sintomático.

No; yo no he perdido aún la esperanza de que la República venga: lo que estoy es aburrido, cansado del eterno charloteo sin finalidad y de la farsa inacabable que sostienen ciertos hombres para obtener un acta de diputado, ó conservarla, para alcanzar una jefatura que no saben luego honrar, ó para adquirir una posición que menoscaba su prestigio.

No; yo no estoy descorazonado: lo que estoy es indignado al ver que el tiempo pasa, pero no nuestras rencillas y nuestros odios; que hoy los monárquicos nos tienen en tan poco, que toman á chacota lo que decimos y lo que hacemos, y se burlan, y hacen perfectísimamente, de nuestras amenazas, ridículas ya por lo repetidas y nunca confirmadas.

No; yo no soy pesimista por sistema, si se entiende por pesimismo el ver y juzgar las cosas por el lado más desfavorable; ni tampoco soy de los que creen que del exceso del mal pueda venir el bien; á lo que no puedo sustraerme en ciertos momentos, es al deseo de expresar en tono amargo la ira que me produce el convencerme de que algunos republicanos de altura aparentan optimismos revolucionarios sólo para que el Pueblo no los eche á un lado.

¿Pesimista yo, que si de algo pequeño siempre, fué de confiado en demasía?

Repasando á veces lo que he escrito, me sonrío al leer las candideces que he dicho y la candorosa confianza que he



puesto en ciertos hombres. Por esto he podido alguna vez colocarme al lado del mismo que antes había combatido. Mi simplicidad ha llegado, y sospecho que llega aún, á creer que los políticos pueden en ocasión ninguna reaccionar honradamente sobre sus errores, y sepultar con abnegaciones y sacrificios su pasado equivoco.

Mi afán, desde que al republicanismo me di, fué encontrar un hombre de condiciones excepcionales para iniciar y resolver y realizar. Recuerdo que el año 1885 perpetré un soneto, que apareció en el número 30, y que decía así:

Tras larga noche de letal negrura  
la luz de la República alborea,  
y los viejos corceles de Alcolea  
dan al viento relinchos de bravura.

El Pueblo valeroso se apresura  
á terciar en la lucha gigantea,  
para hundir en el polvo á la ralea  
que en su dño y su mengua se conjura.

Todo para la acción está dispuesto;  
ningún republicano se acobarda;  
nos falta únicamente un jefe, un hombre.

¿No hay quien quiera ocupar tan alto puesto?  
¿No hay ambiciosos ya? ¿Pues á qué aguarda  
el que aspire á la gloria y al renombre?

Y se han muerto ya de viejos los nietos de los viejos corceles de Alcolea, y yo sigo buscando al hombre.

Y de que el Pueblo piensa como yo, que nos hace falta un hombre, pruébalo el ansia y el entusiasmo con que se agrupa aún en torno de cualquier Mesías de talco ó de aluvión que aparece, y lo tenazmente que se resiste á jubilarle, ni aun después de convencido de que sólo responde en parte mínima al ideal por él soñado.

Cuando la Historia hable del período actual, por tantos conceptos vergonzoso y degradante, tendrá una página de admiración para el Pueblo republicano, por su fe en el triunfo, su constancia á prueba de desengaños, y la entereza con que resistió á la tentación justificadísima de agarrar la escoba y barrer con potente mano á la alcantarilla del olvido, después de embadurnarlos con la saliva del desprecio, á cuantos le dieron palabras cuando le pedía obras; discursos elocuentes, cuando les demandaba actos enérgicos; acomodamientos y transigencias cuando se necesitaban resoluciones rápidas y viriles.

Pero si, por una de esas nimiedades en que la Historia incurre á menudo, recordara alguna vez mi nombre, sería para decir:

«Este se equivocó siempre que acertó.»

## Efecto sedante

No sé qué virtud tiene el sistema parlamentario en España, que casi todos los individuos de los partidos extremos que van al Congreso, sean carlistas, sean republicanos, se acomodan en seguida al medio; y salvo algún escándalo que de vez en cuando arman para hacer creer á los bobos del patio que tr: bajan allí por

el triunfo de sus ideales respectivos, cabildean, zascandilean y se convierten en lo que los ingleses llaman la oposición de Su Majestad. Leones fieros antes de ser elegidos, se dejan limar las uñas y los dientes una vez en sus escaños, y, como los del Retiro, permanecen tumbados en sus jaulas la mayor parte del día, pronunciando discursos de vez en cuando, digo, rugiendo, para que no los tomen del todo por inofensivos corderos.

Y lo mejor del caso (lo peor, mas bien dicho) para los que entran en ese juego, en que están todos convencidos de que la lucha electoral no conduce á nada práctico en los partidos extremos, y lo prueban dejando de acudir á las Sesiones. Hay días que sólo hay en el Congreso seis ó siete republicanos, de treinta y tantos que son.

Pero debo hacerles justicia cuando lo merezcan: hace pocas tardes, cuando ocurrió no recuerdo qué escándalo esperado, acudieron OCHO.

Lo consigne, para que los republicanos no se empuen, cuando haga Maura las primeras elecciones, en contrariar á la mayoría de nuestros diputados actuales, obligándoles por fuerza á aceptar una representación en cuya eficacia no creen.

Mas si se obstinan en que tengamos diputados, que elijan otros; pues ya ven que los de ahora no acuden á las sesiones, excepto circo ó seis, por estar persuadidos de que es perfectamente inútil para el objeto que perseguimos. Y afirmo esto, porque no quiero ofenderlos suponiendo que creen en su eficacia y no van.

Sería una tiranía inoportable obligarlos á ir donde no quieren, por acatar como buenos demócratas las decisiones del partido.

## Lo único necesario

Alguien se extraña de que yo, echándomelas de revolucionario, me haya dado de algún tiempo acá, por alabar al Ejército.

¿De algún tiempo acá? De siempre. Pudiera citar muchos textos para demostrarlo.

Y lo he elogiado, por que aparte lo que dije hace dos números, de que lo amaba por haber reventado al carlismo, he tenido siempre la creencia, más arraigada cada día, de que hasta que el Pueblo y el Ejército no sientan al unísono la *sacudida de una corriente de solidaridad y de patriotismo*...

Hasta que no se persuadan ambos de que el uno sin el otro no pueden hacer de la España de hoy una nación grande...

Hasta que no se estrechen en efusivo abrazo los descendientes de Malasaña y los de Daoiz, Velarde y Ruiz, y después se concierten para barrer juntos todo lo que nos envilece y degrada...

Hasta que en cada soldado no vea todo español un hijo, y en cada español todo soldado un padre...

Hasta que sobre todos los convencionalismos, todos los egoísmos y todos los

pesimismos no entonen juntos el Ejército y el Pueblo un himno de esperanza...

Será inútil todo lo que se hable, todo lo que se proyecte, todo lo que se intente para salvar á España de la turba de sofistas, de charlatanes, de inmorales y malvados que la dominan.

La situación de España hace un siglo era, en cuanto á degradante, muy parecida á la de hoy; nadie sospechaba que pudiera levantarse de su postración. Y se levantó, sin embargo. ¿Cómo? Uniéndose el Pueblo y el Ejército en una aspiración común. Si hoy hicieran lo mismo, salvarían la honra y la libertad de España, como entonces salvaron su independencia.

Ellos, el Ejército y el Pueblo, son los únicos necesarios para mantener la nacionalidad. Todo lo demás puede ser reemplazado ó suprimido; la perturbación que esto pudiera introducir sería floja y momentánea. Y es que el Pueblo y el Ejército, pese á los que procuran mantenerlos separados, lo mismo avajo que arriba, son dos hermanos que aman á su madre España, y el uno la engrandece con su trabajo, mientras el otro la defiende con su valor.

¡Qué hermosa, qué expresiva y qué consoladora resultaría una estatua en que figurasen España, el Pueblo y el Ejército! Se abrirían todos los pechos á todas las grandes esperanzas el día que se inaugurase.

Y como hoy por hoy sólo quiero recordar que las ideas apuntadas en este artículo, son ya viejas en mí, me reservo para otra ocasión el ampliarlas.

## A D. Jaime de Borbón

Sólo una vez me dirigí á su Padre. Fué en 1898, para predisponerle á admitir en su comunión, sin condiciones ni peros, á los integristas que le arrebatara Nocedal.

Tengo entendido que aquel intento no fué inútil: que D. Carlos fué magnánimo en recibir indulgentemente á los prófugos, y que muchos de éstos, comenzando por Gil Robles, siguieron el consejo que les diera. Yo celebraría hallar en unos y otros el buen ánimo que á la sazón manifestaron. Me quedé fuera del partido entonces no porque hubiera yo perdido todavía la fe en él, sino para no llevarle la odiosidad jesuítica que sobre mí habían concentrado los tiranos del clero de ambos órdenes, secular y regular, y por no suscitar conflictos que habrían provocado con tal pretexto aquellos insoportables ambiciosos llamados Corbató, Klauder y otros secuestradores del ideal carlista.

Con la absoluta é íntegra fe y rectitud del creyente leal y sincero, y por encargo de algunos espíritus no menos rectos, hice entonces un estudio de las reformas que, en armonía con los tiempos, parecían deber hacerse en el programa de orientación del carlismo, para que resultase en la práctica lo que en mi juventud se me hizo creer que era la escuela: un partido que aspiraba á implantar en el gobierno de la nación las derivaciones políticas simbolizadas en el «Dios, Patria y Rey», traducidas á la vida nacional del único modo que



consienten honradamente estos símbolos filosóficos, á saber:

«La justicia y libertad, que brotan esencialmente del concepto de la divinidad cristiana; la *salud y felicidad del pueblo*, fuera de las cuales el *patriotismo* es un embolismo de embaucadores; y la probidad, seriedad y honorabilidad del Gobierno, que son las columnas del trono soberano, y sin las cuales el símbolo «Rey» queda reducido á la figura del Déspota monstruoso.

Y creyendo que estas creencias más eran universales del partido, en cuyas aulas clásicas se había formado mi conciencia, propuse á su señor padre D. Carlos, por conducto de gentes adictísimas suyas y amantísimas del partido, las conclusiones siguientes, fundadas sobre los siguientes razones y hechos:

1.º Habiendo visto, oído, palpado y por todos los medios de experimentación comprobado, que no hay mayor enemigo del Dios aquí, símbolo de rectitud y justicia, que el Vaticano y el clero vaticanista, protervo en sus intenciones y ea sus procedimientos;

que no hay mayor escarnio posible de la idea religiosa de «buscar á Dios sobre todas las cosas, en el prójimo semejante suyo», que el clericalismo fullero, juramentado para extraer de las entrañas del prójimo y del cuerpo de Dios la sustancia de sus ambiciones insaciables;

que no hay mayor enemigo de la Patria española que esta Iglesia propaladora de una patria celestial detestada por los suyos, vendida por fuerza al pueblo en trueque de la patria terrenal, por sus gentes ambicionada, usurpada, captada, extenuada, oprimida, vendida, traicionada, infamada y maldecida;

que no hay mayor anarquía posible que este catolicismo jesuita, utilizador del asqueroso cubilete de enseñar á los fieles la licitud y santidad del regicidio cuando el rey no se somete á su perversidad hipócrita, y de predicarles como virtud suprema la *obediencia ciega y bestial* cuando el Estado se presta á ser instrumento de sus maldades;

que con tal sistema, «Dios» quedaba convertido en ídolo macabro, causa universal de maldad y de desprecio; la «Patria» se hacía cárcel, presidio, potro y patíbulo del pueblo consciente; y el «Rey» se transformaba en despreciable baratero puesto á sueldo de la fullería religiosa;

Por ello procedía lanzar al pueblo español un programa valiente y sin ambages, proclamando, no ya el divorcio, sino la guerra contra el nefasto clericalismo, poniéndose el rey al frente de esta Cruzada reivindicadora del honor religioso, del derecho patrio y de la moralidad política, acusando á la Monarquía constitucional de haberse aliado y juramentado, en disfrazada perfidia, con toda la inmundicia beata, con todo lo traidor á la patria y con todo lo inmoral de la política, para organizar el Estado este, detentador follón del poder público, de la personalidad jurídica española y de la religión oficial; todo para traer á España al abismo de abyección, en cuyo fondo brillan con luz siniestra las pupilas del *latrocinio legalizado*, de la *iniquidad togada* y de la *perversidad mitrada*: todo compendiado en la palabra carnavalesca «RESTAURACIÓN», por debajo del cual taparrujo hase evaporado la fe, dejándonos la desorientación de creencias; ha sido de sangrada la patria, y pasado al extranjero la savia de la riqueza nacional; hase perdi-

do la moral pública, dejándonos como timbres del escudo nacional la esclavitud abajo, la *desvergüenza* arriba, la farsa en medio, y á nuestro alrededor el baldón, el menosprecio y el ridículo.

Esto era programa: y este programa lanzado valerosamente al aire en aquella crisis del alma española que sentía desgarrarse con el *desgarramiento* del imperio: que sentía hervir la rabia contra la ignominia, y la sed de venganza contra sus estafadores, me hizo entonces creer que el carlismo podía haber redimido sus pasadas culpas de estragos causados á la patria, ofreciéndose á sacrificarse, si menester hubiese sido, para borrar del suelo español la basura clerical y la basura política.

No fué así. Faltaron agallas á D. Carlos y á sus cortesanos que adormecieron en el *laissez faire* contemplando desde las torres de sus castillos feudales y desde las poltronas de sus bufetes e. sumergimiento de la patria.

Han pasado c. torce años.

«Tempus non erit amplius»...

Yo quedé convencido, y conmigo cien mil, de que el carlismo no es partido de *ideal*, sino una *partida* de especulación, para quien el *ideal* es el espejuelo seductor de las masas, como para los otros politicastro lo son sus respectivos lemas.

Su Padre no se atrevió á levantar bandera contra el Vaticano, ni contra el episcopado, ni contra el jesuitismo, sino que les rindió pleitesía: sus adláteres siguieron su labor exclusivamente disolvente de murmurar, maldecir, blasfemar, cobrar sueldos, cortar cupones y gastar rentas...

Pasaron catorce años: el *espíritu patriótico* que había quedado flotando sobre las aguas de Santiago y Cavite, se ha ido sumergiendo con los restos de las escuadras... todo ha desaparecido, hasta el honor... ¡ya nadie siente encarnar en sí el espíritu español!... La PATRIA *espiritual* se hundió en este tiempo...

Y se habla de España, diciendo á la una obispos, ministros y magistrados: «ahí nos las den todas.»

¿Y ahora quiere revivir el carlismo?

¿Por qué, de qué, con qué y para qué? He aquí, señor, lo que pregunto á su conciencia de príncipe español y de hombre de su tiempo. ¿A qué viene esta reviviscencia del carlismo?

Los hechos responden claramente: viene á amparar al clericalismo en todo lo que tiene de corruptor, de antipatriótico y de destructor de España. Viene á hacer del «Rey» simbólico, un «Rey de bastos» supletorio del «Rey de espadas» puesto al servicio del «Rey de oros» del jesuitismo, que viene á costear el banquete del «Rey de copas» del Vaticano. Sólo cuando este banquete ha sido turbado por la revolución de 1909, sólo entonces ha *revivido* el carlismo, aletargado durante treinta años y sorrido á todos los requerimientos.

Los que le han dado el toque de llamada son los frailes que le vendieron, y que ahora se ven perdidos.

Ellos son los organizadores de los *bataillon*, los bendicidores de sus banderas, los que le dan la hostia y el cartucho. Ellos son el *principio* y el *fin*.

¿Cómo viene este carlismo?

Lo hemos visto: en forma de bandolerismo alevoso y traidor, sin más lema que el «revienta mitins» y el «destripa oradores». Toda su razón y toda su ley están puestas en la «porra».

Con esto, señor, quede patentizado su

*ideal*: «la inmunidad de la corrupción clerical». ¿Y su *procedimiento*...

Vea su *alt-za* si es digno de un *príncipe europeo del siglo xx*, que goza de plena libertad en la república atea y que vivió entre herejes y cismáticos. el prestar su nombre á esta «partida» que ha hecho resurgir en España la Edad Media.

No es ya un partido, sino una pandilla de barateros que matan por el placer de matar y por cuenta del nefasto jesuitismo, causa de todos los desastres de la Patria, desde el primero al último, desde las guerras de Alemania á principios del siglo *xvi* hasta la pérdida de las Colonias, y que ahora va á provocar con nuevas tiranías la intervención extranjera sobre esta nación incapaz de orden, de ley y de decoro. ¿Se va á prestar usted D. Jaime á ser el *brazo ejecutor* de la secta maldita, juramentada en el exterminio de los Borbones?

Dicen que no; que ya por medio de cartas públicas ha roto el *voto de obediencia ciega* al Vaticano, lo cual dicen que va á producir la escisión en el partido, engendrándose de ahí el *partido jesuita*.

Lástima grande que esta ruptura no se haya verificado cien años antes, cuando España era todavía grande ante sí misma y ante las naciones. Pero en un siglo ha sido desangrada la patria y á sus males no se ve remedio. Antes... cuando se conservaba la memoria del liberalismo de Carlos III y la dinastía no estaba manchada con la sangre de tres guerras desastrosas seguidas de tres paces más desastrosas que las guerras; cuando el clero no estaba en vilecido, ni corrompida la política, ni perdido el instinto ético, ni muerto el espíritu patriótico, entonces un príncipe que hubiese enarbolado la bandera de la Patria contra el extranjerismo romano y contra el extranjerismo judaico, podía haber sido una esperanza.

¿Ahora? Quizás no sea tiempo ya de nada, sino de «repudiar» en nombre de la libertad la pandilla de la «Inquisición»; en nombre de España, á esa ruta «romana» disolvente de todos los pueblos que la toleran.

Este «repudio» puede ser un servicio á la patria todavía, denunciando al pueblo español que no hay príncipe alguno, capaz de cobijar le naciente facción de «bandule ros» anónimos empudriados en las sacristías de conventos para formar ronda á los captadores de herencias, á los sobornadores de políticos, á los hipócritas merecedores de la moral y de la religión, á los malhechores de la beneficencia y de la caridad, á los propagandistas de la instrucción corruptora; en fin, á esa casta da descastados de la humanidad, que no se atreven á dar la cara ni á exhibir sus pies ni á publicar sus procedimientos, seguros de levantar con ello la maldición universal.

Quítese la máscara á esta facción, con un repudio formal y solemne: y véanse obligados á confesar su villano origen y su hipócrita finalidad, y á proclamar jefe suyo al general jesuita, y patronos suyos celestiales á Ravillac, Malagrida, Jacobo Celmente, Lavallette, Barrasa, Cáceres y demás facinerosos de la secta. Sean forzados á quitarse la máscara política, y á llamarse «cofrades de envenenadores, de asesinos, de traidores, de farsantes y de tahures.»

Este es el único servicio que puede prestar á la Patria un príncipe, á la sociedad un individuo honrado, y á su partido un prudente político, «relajando al brazo secular de la revolución airada y desespe-



rada, á quienes se hicieron irresponsables é inmunes ante el Estado con ellos coligados en una misma corrupción.

Si así lo hiciera su honor se lo premie, y si no, la humanidad se lo demande.

S. PEY ORDEIX

## Nuestros odios

No odiamos la religión. Hay entre nosotros quienes no sienten aspiración alguna religiosa; hay quien tiene el sentimiento religioso profundo y arraigado. Unos y otros, sin embargo, coincidimos en nuestros odios. Odiamos el fanatismo bárbaro, la superstición ridícula, la hipocresía menguada, la credulidad estúpida, la intolerancia soberbia, la creencia que se impone, la devoción que calcula, la fe que negocia, la piedad que miente y engaña. Odiamos al sectario, al publicano, al fariseo, al que finge la fe que no tiene, al que mata en nombre de Cristo, al que hace de Dios granjería, al que toma el sacerdocio por oficio, al que aborrece de muerte á quienes con él no comulgan, al político corrompido y escéptico que profana la religión trocándola en instrumento de gobierno. A la gran masa crédula y confiada, á esa no la odiamos: nos dá lástima. La religión de los que entre nosotros la tienen es demasiado grande para que pueda caber en ninguna de las comuniones positivas. El principio absoluto de las cosas, el Eterno, el Infinito, el Inmutable no es el Dios de las religiones históricas. Leyendas candorosas de la humanidad infantil, todas ellas necesariamente adolecen de idolatría.....

No somos enemigos de la patria. Es otra de las calumnias que suelen con más frecuencia esgrimirse contra nosotros. Amamos á nuestro país y en su servicio defendemos, con consecuencia insuperable, á prueba de desengaños, los ideales políticos que juzgamos para él salvadores. Queremos una España grande, fuerte, rica, culta, feliz, digno órgano de la humanidad, cooperadora eficaz en la obra de la civilización. Por eso combatimos con saña todo lo que contribuye á embrutecerla y degradarla. Odiamos así á la patriotería gárrula, que tiene siempre en los labios el nombre de la patria y el egoísmo imbécil á cuyos ojos es bueno todo lo propio y malo todo lo ajeno, á la lisonja corruptora que disfraza y oculta amarga, pero saludable verdad, al espíritu atávico que se obstina loco y tercaamente en resucitar lo pasado, al misoneísmo estrecho que prefiere la muerte al movimiento, al pseudo patriotismo que hace su negocio.....

Amamos la familia. La queremos dignificada, ennoblecida por la libertad. Queremos elevar la condición moral y material de la mujer, redimirla de la ignorancia y de la dependencia económica, á fin de que nunca sea para ella el matrimonio necesidad que se acepta, ca-

rrera que se sigue, verdadera prostitución legal. Queremos que el vínculo matrimonial sea siempre libre y nunca impuesto por la fuerza. Queremos que la patria potestad sea función tutelar, no despotismo y tiranía. Queremos que no pueda el padre oponer su veto á la educación de los hijos, entrando así á la sociedad bestias en vez de hombres. Queremos que la ilegitimidad no perjudique al hijo inocente. Abominamos de todo cuanto, en las costumbres ó en las leyes, impide el logro de eso que queremos.....

No combatimos la propiedad. Quisiéramos generalizarla. Quisiéramos que nadie de ella estuviese privado. Execramos un orden social en que la adquisición de la riqueza no guarda relación alguna con los esfuerzos, con los servicios, con las necesidades del que la adquiere. Aborrecemos todos los medios, legales é ilegales, de enriquecerse á costa ajena. Menospreciamos á los zánganos de la colmena social, que consumen en el lujo ó en el vicio sumas que bastarían á sostener la vida y hacer la dicha de los indigentes. Odiamos al explotador, al parásito, al latifundista, al egoísta, al usurero. Los ladrones á quienes el Código no alcanza, no nos parecen menos, sino más odiosos que aquellos á quienes los tribunales castigan.

Juzgamos la adulteración de los alimentos tan punible como el robo y el homicidio. No estimamos al egoísmo desatentado y ciego compatible con la honradez.

Tales son, en suma, nuestros odios. ¿No hay en ello todo un programa?

ALFREDO CALDERON

¡MIREN EL PILLIN!

## ¡¡Que sí que sirve!!

Bajo el título «D. Jaime y su cocinera ó un párvulo en salsa verde», publica *El Imparcial* lo siguiente:

(Aquí la relación que estampé en el número anterior, y á continuación los comentarios de *El Pueblo* de Valencia):

«Pueden cantar albricias los carlistas, que en vano se esforzaban por dar sucesión á su R., y ya dudaban de si el descendiente de los Carlos era útil para esos menesteres domésticos. Batan palmas, echen al vuelo las campanas que le son adictas—las de San Martín, *verbi gratia*,—y exclamen alborozados, como Arquímedes cuando su *Eureka* y empleando la palabra sacramental en el reconocimiento de reclutas: «¡Util! ¡Util!!»

El descubrimiento bien vale unos cuantos *Te Deums*.

Aunque todavía queda el rabo por desollar—y no echéis á mala parte ese vulgar dicho.—¿Será el criado, el coronel ruso ó el R.?

¿Servía la cocinera en mesa redonda, ó sólo al príncipe?

¿Hociquearón en el mismo plato el mostachudo coronel, el villano servidor

y el egregio vecino de Frosdorf, ó fué éste sólo quien regaló su delicado paladar con los manjares condimentados por la demandante?

Indudablemente es D. Jaime el padre de la criatura; pero su natural modestia le ha impedido proclamar *urbi et orbe*, orgulloso y altivo, despreciando la maldicencia, tan fausta paternidad. Error crasísimo, á fe, que sus vasallos no han de agradecerle.

Sospechamos que los jaimistas se apresurarán á vencer los escrúpulos del R. y obligarle á reconocer como cosa propia al que ha de ocupar el trono de Fernando.

También á nosotros nos satisface la noticia, puesto que viene á sancionar esas habillitas que nos presentan á D. Jaime como espíritu abierto á todos los vientos de libertad y nos ofrece un venturoso porvenir. Un hijo de una modestísima cocinera ha de ser necesariamente un buen demócrata, siquiera su sangre sea mezcla de estofado y del líquido azul que cien reyes—ni uno menos—pusieron en las venas del padre.

Ya suponíamos nosotros que esas aficiones militares de D. Jaime, compartidas con el cultivo de la patata, de que nos hablaron, con singular encomio todos los papeles del partido, habían de dar sus naturales frutos.

Patata, cosa muy corriente en la cocina. Cocinera, manjar codiciado por militares de humilde graduación. ¡Las señas no podían fallar!

Y ahí está el pequeño Borbonzuelo que, según nuestras particulares referencias y para mayor regocijo de las huestes de la tradición, vino al mundo con un par de croquetas aderezadas por la futura R. y et vueltas en la Ley Sálica:

¡Sursum corda!

Miren, miren qué calladito se lo tenía el picarón...

PERO GRULLO

*El Pueblo*, (Valencia).

## Margaritas á carcas

Ciudadanos carcas que estáis al frente del partido

En lo aficionados que habéis salido al Parlamento, pareceis republicanos: verdad que éstos no son enemigos de ese régimen. Pero en los propósitos, os parecéis como una gota de agua á otra, ó un requeté de Granollers ó San Feliú, á un asesino de cualquier parte.

Si yo fuese cura rural (¡Dios me libre!) ó carca ingerto en alcornoque, pero dispuesto siempre á jugarle la zalea, os diría:

«Pero que comedia estáis representando en el Congreso? ¿A quién servís al ayudar á los gobiernos liberales á confeccionar leyes, ó desempeñando un papel parecido al de los chulos contratados en las casas de prostitución para espan-



tar á los que vayan á ellas á armar escándalo?

¿Os habéis propuesto acaso enervar las energías de nuestro partido, manteniéndolo años y años en la inacción, entreteniéndole con promesas jamás cumplidas y con esperanzas nunca confirmadas?

¿Tan bien os va en ese juego de compadres, que olvidáis que el carlismo no es un partido de acomodamiento sino de combate, ni de charloteo sin finalidad, sino de garrotazo y tente tieso?

¿Y para que vosotros caciqueis hicierón tantas barbaridades nuestros antepasados, que hoy se nos vienen á nosotros encima?

Y el carca cerril ó el presbítero rural que hablase á sus diputados de esa manera, tendría tanta razón como el republicano que le soltase á los suyos esa misma tonada.

## Obispo al Purgatorio

El obispo de Burgos, recién fallecido, ha dejado dinero para que le digan mil misas.

Si él creía que las necesitaba para salir del Purgatorio, señal cierta es de que estaba en el secreto de que merecía, por lo menos, ir á aquel lugar.

Y como yo no debo meterme en casos de conciencia, allá que cada cual se las haya con la suya.

Esto no quita para manifestar la extrañeza que me produce siempre el enterarme de que un ciudadano eclesiástico se pertrecha de sacramentos al morir y deja dinero para misas.

Me parece mucho más lógico aquel boticario que vivía en el entresuelo de la casa donde tenía la botica, y siempre que se ponía enfermo de alguna gravedad decía á su familia: «de abajo... ¡nadá!»

Tal te tenía en los medicamentos que despatchaba.

## Periódicos de familia

Cuando leo en la cabecera de un diario la palabreja *independiente*, ya sé que aquello se puede traducir con toda seguridad: clerical de tomo y lomo.

Estos rotativos de familia, me inspiran más repugnancia que los francamente reaccionarios. Estos tienen siquiera el mérito de la sinceridad, no ocultan la mercancía averiada que venden, no disimulan su filiación, y son menos dañinos y peligrosos. En cambio aquéllos, echándose las de liberales, de cultos, de progresivos, son los cooperadores más eficaces que tiene el clericalismo cuyos pies lamen servilmente, aunque éste, ingrato como siempre, premie sus abyecciones con excomuniones episcopales y haciendo guerra sin cuartel á su caja de administración.

Todos los periódicos *libero clericales* están prohibidos por la Iglesia... española, aunque esto no sea un obstáculo para que ella los utilice como reclamo para sus gentes y cosas.

Hay más: *Heraldo de Madrid, Imparcial,*

*La Correspondencia* y *A. B. C.* han sido condenados por varios obispos, cosa que no aciertan á explicarse los citados colegas, que no conciben que las iras clericales les equiparen con *El País* ó *El Motín*. Pues así es, queridos: los clericales las gastan así. Yo ví en cierta ocasión á un prelado hacer airado una pelota con *La Correspondencia* y arrojarla á un rincón diciendo: «Me repugna esta *bribona* (textual): prefiero mil veces *El Motín*...»

La prensa liberal, cuanto mejores migas hace con la clerical, más perseguida es por ésta. Ella forma *ligas de señoras* para que no se suscriban á periódicos liberales, para que no los compren sus maridos, hijos, hermanos ó novios, para que no los lean sus criados ó empleados; declara el *boicott* á los comerciantes que en ellos se anuncian; y hasta afirma que no tienen valor alguno las indulgencias de los obispos concedidas en sufragio de un difunto si la esquela mortuoria se publica en un diario liberal. Nadie puede formarse una idea completa de las mil intrigas, bajezas, trabajos de zapa que realizan los clericales para arrancar un suscriptor á la prensa liberal.

Pero ésta, siempre galante, y convertida en perro sumiso de los clericales, aguantando los cachetes y callando, como en cierta ocasión le dijo Necedal al *Heraldo*.

Nos ha inspirado estas reflexiones, no el proceder netamente clerical de *A. B. C.*, sino las corrientes cada vez más acentuadas hacia el clericalismo ñoño, imbécil y denigrante de que está haciendo gala *La Correspondencia de España*, cosa que parece increíble estando bajo la dirección de un hombre del talento y prestigio de Leopoldo Romeo. Claro está que no tenemos la pretensión de que allí se escriba como nosotros escribimos; pero es el colmo de la adulación clerical en un periódico del siglo xx, que aspira á ser en España el mejor hecho y el mejor informado, sobrepujar á los diarios más reaccionarios, haciendo lo que éstos no hacen, que es dar cada día á sus lectores como un nuevo *Año Cristiano*, la vida del santo del día, ¡y qué vidas! Ni *El Correo Español*, ni *El Siglo Futuro*, estamos seguros que se atreverían á publicarlas.

Para que el lector se convenza de lo que decimos, copiamos párrafos de una cualquiera, la de Santa Irene, publicada el sábado 19 del mes último:

«Admirado de su talento y de su inclinación á la virtud, un tío suyo, llamado Selio, abad del monasterio de Santa María, encargó á un monje (Remigio) del mismo monasterio la instrucción de la niña, la cual se criaba con sus tías Julia y Casta, que vivían con gran recogimiento, dedicadas al servicio de Dios.»

A pesar de su recato y la modestia con que más adelante procuraba ocultar su hermosura y sus talentos, enamoróse de ella Britaldo, hijo de Castinaldo, señor del pueblo, con tal vehemencia, que empleó todos los medios imaginables para lograrla por esposa, y como no lo lograra, enfermó gravísimamente de tristeza.

Enterada la Santa de la causa de esta enfermedad, fué acompañada de otras personas, á visitar á Britaldo, á quien habló tan persuasivamente de las excelencias de una vida dedicada á Dios, que le convenció, aunque Britaldo la hizo prometer que no pondría su afecto en ningún otro pretendiente, amanzandola con la muerte en caso contrario.»

«Valiéndose de la familiaridad que tenía Remigio con Irene, por su magisterio, comenzó el diablo á hacer al monje tan cruel guerra, levantando en su corazón una tem-

pestad deshacha de tentaciones desherrestas, que, rendido al fin á los ataques del tentador, vino á manifestar su ciega pasión á la castísima doncella; pero como ésta era tan amante de la pureza, avergonzada de una solicitud tan inesperada en quien se encargó de fomentar en ella las más santas ideas, llena de rubor reprendió la audacia del lascivo religioso, el que corrió, pero no enmenado de su arrojo, convirtiendo el desenfrenado amor en aborrecimiento, resolvió vengarse de la inocente virgen, dándole á beber artificialmente una bebida que la elevó el vientre en términos que parecía estar embarazada.

Divulgóse la infame nota por todo el pueblo, fácil de creer semejantes novedades; supolo Britaldo, y encendido en descompasados celos, acordándose de lo pactado y ofrecido por Irene, resolvió darle muerte, bajo el supuesto de que en otro habla puesto su amor, violando su promesa.

Valióse de un soldado para la ejecución de tan impío atentado, el cual buscaba con la mayor diligencia ocasión proporcionada para satisfacer su intento. Salíó una noche la Santa de desahogar sus penas á la ribera del río Nabán, cercano al pueblo, al que dió el nombre de Natancia, y cuando estaba de rodillas en la más fervorosa oración, bañada en lágrimas, clamando al Señor que la librase de la infamia que padecía, pues le constaba su inocencia, acometiéndola el asesino, la atravesó la garganta con una espada, y para encubrir tan abominable hecho arrojó el cuerpo de la ilustre mártir al río.»

Como ve el lector, hay que reconocer que Dios hizo bien poco en vida en honor de su predilecta Irene, pues ni siquiera hizo bajar aquel abultamiento de su vientre, causa de todas sus desdichas; pero en cambio después de muerta hizo con ella innumerables prodigios. Su cuerpo fué á parar al Tajo, y el río se dividió en dos partes, quedando en el centro, en seco, un maravilloso sepulcro que edificaron los ángeles con el cuerpo de Irene encima. Acudió su tío el monje con el pueblo y quiso llevarse á la santa; pero no pudo conseguirlo, porque las aguas del Tajo volvieron á unirse, y cubrieron con sus cristales aquella maravilla. Y allí está la pobrecita Santa Irene hace siglos, tan fresca debajo del agua. ¡Ah! El monje Remigio y el soldado asesino fueron á Roma é hicieron digna penitencia á sus grandes pecados. Todo esto sucedía el año 654, reinando Recesvinto en España.

¿Qué tal? Pues mientras tales cosas es tampa *La Correspondencia* poniéndose en ridículo y poniéndonos á todos los españoles, el P. Delahaye, jesuita, presidente de la comisión llamada de los *Bolandos*, que son una sociedad de jesuitas encargados por el Vaticano de escribir y de corregir las biografías de los santos, ha publicado un libro titulado *Leyendas sagradas* (en italiano) donde se ridiculizan todas estas maravillas y desatinos atribuidos á los santos cuyas vidas, dice el docto jesuita, están cubiertas de los más ridículos absurdos y mentiras monstruosas. ¡Tiene la cosa gracia! Un jesuita enmendando la plana á Romeo, y siendo más liberal que éste. ¿Y con este sistema piensa llegar *La Correspondencia* á los cien mil ejemplares?...

FRAY GERUNDIO

## HOMBRE DE MUNDO

Treinta años de lucha en tierras americanas, donde se le tornara blanco el pelo, le hicieron recordar ¡al fin! aquel pedazo de terruño de la vieja Europa, su patria chica, metida en el corazón de Aragón, de



la que saliera cuando mozo. Y ahora, al rodar el tren rauda como un pájaro, contemplaba el viajero la campiña lujurante, salpicada de cañeríos blancos, que eran como bandadas de palomas en reposo. De vez en vez paraba el tren y subían nuevos viajeros; gentes humildes, segadores de tez tostada que se hacinaban en los coches de tercera clase; y allá quedaba luego el pueblo, pequeño como un belén, con su torre-cilla morena, con sus casas de adobes, bajas y grietosas, con sus calles costerudas, volviendo pronto el coloso á meterse llano adentro, corriendo con estrépito sobre los puentes de hierro.

En un salto subió al vagón un señor obeso, bien trajeado, que mostraba su gran cadena de oro y sus manos grandotas y encallecidas posadas sobre el vientre. Era hablador. Un cigarro les hizo intimar. El se decía alcalde de Villahonda.

—Pues Villahonda está tan cerca de Pinareros y soy yo de este pueblo—decía nuestro viajero—me debe conocer. ¿No conoció á Francisco Zaldo, que también fue alcalde? Era mi padre.

Y asintió la primera autoridad echando una bocanada de humo azul.

—¿Viene de lejos?

—De Méjico. Desembarqué anteayer en Barcelona.

—¿De Méjico, dice? También estuve yo hace años; volví á los cincuenta y en Villahonda casé y me eligieron alcalde. Es lo que debíamos hacer todos: irnos pero volver. La tierra llama, atrae mucho, ¿sabe? A usted en su pueblo no le quedará ya más que la tierra, ¿verdad?, porque los Zaldo, los Zaldo murieron unos y otros eran pobres, y emigraron y no han vuelto.

—Pues aun no teniendo ya más afectos que la tierra, me siento alegre de volver, de verme en lo mío; y aun cuando no me nombren alcalde, he de levantar en un pedazo de mi tierra una casa al estilo de allá y ser feliz dentro de sus cuatro paredes. Tiene razón; la tierra llama, atrae. Aun vi virán los hijos de los amigos que fueron de mi padre y haremos tertulia en el Casino.

—¿Salió joven del pueblo el amigo?

—Veinte años, no cumplidos, tendría.

—Buena edad; á casa á los cincuenta. Ha hecho bien; en Méjico ya no haría usted más.

—He corrido toda América; New York, Chile, San Francisco... ¡Todo! Y estoy cansado como si hubiera hecho á pie la caminata.

—Es hombre de mundo el amigo. Yo estuve en una granja ¿sabe?, y sólo trataba con gañanes. Después hubo fortuna, no mucha, pero ¡vamos!—Y miró su cadena flameante, gorda y pesada.

—Cuénteme, cuénteme. ¿Vive María Ortiz, la hija de aquel notario que se llamó D. Lucas Ortiz? ¿Recuerda usted, amigo? Aún me parece estarla viendo llevar del brazo á su padre, viejo, medio ciego, tan acartonadito, con aquellas gafas verdes...

—¿La Marieta, dice? No la conocerá, Casó hace diez años con el médico que tenemos ahora en Villahonda, y está así, gorda, gorda... No la conocerá. La llaman D.<sup>a</sup> María; no anda bien de salud y siempre está en la iglesia.

Se veía el disco. Pitaba la máquina, amenguando su marcha, y el convoy paró en la estación de Villahonda, Villahonda pequeña, igual que un barco lejano, entre los campos verdes como el mar. Y el señor alcalde estrechó al descender la mano del viajero.

—Hasta la vista; ¿sabe? y á mandar.

Y otra vez rodó el tren, silbando, bajo una estela de humo negro. El fananillo daba luz mortecina, como de capilla, y el ruido de topes, ejes, ruedas, traía una armonía tediosa de notas tristes que se perdían por el llano, pasando, como si ellos anduvieran, los palos rígidos del telégrafo.

—«Sólo le quedará á usted ya la tierra», recordó el viajero. Y pensó que dijo bien el señor alcalde de Villahonda. Sólo la tierra muda, sin cariños, inexpresiva, tierra como todas las tierras vistas. ¿Qué venía á hacer él allí? ¿A qué volver, señor, si ya no había nada? Y pensó marchar otra vez y embarcar de nuevo; y tuvo miedo de marchar.

El hombre de mundo lloraba.

Pinareros se veía cerca, bañado de luz de luna.

ANTONIO IBÁÑEZ SANCHEZ

### Leo en *El Porvenir Navarro*:

«Echave Sustaeta, carlista, abogado y presidente de la Asociación de la prensa pamplonesa, ha actuado de acusador privado en la vista de una causa por delito de imprenta.»

Pero, querido colega: permíteme decirte que no conoces todavía bien á los necs.

Como los animales de raza felina, cuando lamen es para morder.

## La hora de la muerte

La hemos nombrado todos miles de veces al rezar el *Ave María*; todos la hemos temido y siempre se aparece á los ojos de la humanidad como un aterrador fantasma. Sin embargo, yo creo que si hay una hora terrible en la vida humana, no es ciertamente la de morir; es la de tener que buscar veinte duros que se necesitan para vivir.

La hora de vivir, necesitando de todo el mundo, la encuentro erizada de dificultades; la hora de morir me parece la más tranquila y sosegada de toda la vida humana. Para vivir, necesita el hombre hacer algo que no es de balde.

Un pensamiento que á mí me llena de alegría, es el del compromiso en que voy á poner á todos los que me rodean cuando me muera. ¿Qué va á pasar allí? La humanidad, teniendo que hacer algo y muchas cosas, tiene sentimiento é inteligencia, cosas difíciles de adquirir: para morir, no se necesita más que exhalar el último suspiro.

El hombre que vive se encuentra atajado en todos los caminos por la brutal necesidad del dinero, y sin dinero, no puede ni aun ser santo. Marcharse del mundo, es el primer momento en que al hombre se le permite pensar completamente gratis. Es decir, las cataratas del Niágara obligadas á detener su carrera vertiginosa y volverse hácia arriba.

Y ello no habrá más remedio: allí tiene que venir una mortaja, unas parihuelas, un hombre ó dos que carguen conmigo, un hoyo y una porción de paletadas de tierra, ¡completamente de balde! ¡Sin la más remota esperanza de cobrarme un céntimo! ¡Qué fácil es morir!

Esto, créanlo ustedes, es en todas las ca-

celas, en todas las religiones, en todas las filosofías.

En la cristiana se nos habla de un juicio tremebundo, que se ha de seguir inmediatamente después de la muerte y en que el juez será el mismo Dios.

¿Con valiente cuidado nos puede tener! El juez es nuestro padre, y padre enamorado de nosotros; y creo que no hay nadie que, si al comparecer á un tribunal supiera que era su padre el que iba á juzgarle, y sin tener que dar cuenta á nadie de sus determinaciones, no se sintiera completamente tranquilo y feliz y esperanzado.

Es que no hay otra vida, os dirán los librepensadores. ¿No? Pues mejor. Entonces la muerte es una siesta en que no viene la enfadosa campana que despierta al fraile y al colegial, la corneta que interrumpe el sueño del soldado; el chiquillo que llora, la criada que canta, la columna de platos que se estrella. ¡Una siesta eterna, sin calor, ni frío, ni pulgas ni pesadillas! No puede darse nada más delicioso.

La muerte, al fin y al cabo, no es más que la barrera después de la lidia de un toro de mucho cuidado. Las cornadas del hambre, de las enfermedades, de las desgracias, de las ingratitudes, las de la vida. ¿Nos morimos? Hemos alcanzado la barrera: ya no hay cornada posible.

Alguien dirá que el momento de la muerte debe ser muy desagradable. No lo creo. Los hombres se mueren sin saber lo que les pasa, y si lo saben, siempre los viene aquello muy suave comparado con las veces que, teniendo muy bien despiertas y sanas sus facultades y sensibles sus nervios, rodaron una escalera mugullándose la cabeza, vieron morir á sus hijos, se tuvieron que pasar un día sin comer.

¿Pues cómo el supremo castigo que se le impone á un criminal es la muerte? Porque no tenemos sentido común, ó si lo tenemos, somos completamente ateos y materialistas.

¿Tú has cometido un crimen espantoso?, se le dice al criminal. ¿Sí? Pues yo en veinticuatro horas te envío al cielo, porque te administro los sacramentos y luego te mato; supremo castigo entre los cristianos: mandarle á uno á ver á su padre celestial.

Hay en esto contradicciones deliciosas.

Se le va de casa á un padre su hijo para ganar en América doce mil duros de sueldo al año, y se queda tan contento. Se le va al cielo á ver á Dios, y no tiene límites su dolor y su desesperación.

Entran los religiosos en el convento diciendo que lo hacen para ganar el cielo: les da una pulmonía que promete meterlos allá de sopetón, y vengan médicos y potingues y sacrificios para seguir un poco más en la tierra.

¿Qué es esto? Es que, ó la naturaleza humana es atea y prácticamente no cree en la otra vida, ó la religión tiene un interés especial en estarnos siempre metiendo miedo con la muerte, como con el coco.

GIL BLAS DE SANTILLANA

## CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

85 grabados.—Precio: 1 peseta



NOTION



**El rey de las húngaras.**



CRONICAS RETROSPECTIVAS

# CON LA INQUISICIÓN, CHITÓN

Sin caer en el vicio de la exageración, puede asegurarse que en punto á fanatismo religioso hemos retrocedido más de un siglo, y que desde la vuelta de los jesuitas, que con gran sentido político expulsó de España un buen Rey, la reacción clerical ha ido ganando terreno de día en día, y que al presente, no obstante estar consignada la libertad de conciencia en la Constitución del Estado, domina la teocracia casi por manera absoluta.

Procediendo por términos de comparación, en seguida se echa de ver que en estos tiempos liberalísimos del siglo xx, en las clases ilustradas á que malamente se llama directoras (por convicción ó por conveniencia, más bien por ésto que por aquéllo) domina el fanatismo religioso mucho más que en las clases intelectuales de la segunda mitad del siglo xviii.

Por virtud de las ideas de los enciclopedistas, que, además de engendrar la Revolución francesa, tuvieron eco resonante en España, nuestros más distinguidos escritores y núcleo principal de las clases ilustradas, cuando no librepensadoras, eran amablemente escépticos, descreídos, volterrianos...

Y si eran así, manifestándolo ostensiblemente cuando aún existía el Santo Tribunal de la Inquisición, ¿cómo no recordar con envidia aquellos tiempos al ser comparados con los actuales?

En los últimos años del reinado de Carlos III, el Santo Oficio, que ya había venido muy á menos y era una parodia de lo que fué, una especie de *espanapájaro*, pretendía, aun inútilmente, contener la invasión, cada vez mayor, de la filosofía francesa, achaque de que adolecían casi todos los que en España pasaban por ilustrados. Por tal razón, eran frecuentes los procesos inquisitoriales contra las personas de viso.

Uno de los elegidos por el tristemente célebre y ya caduco Tribunal, fué el insigne fabulista D. Tomás de Iriarte. Sin darle, al parecer, importancia, y como por vía de entretenimiento, D. Tomás iba publicando versos *heréticos*, de los cuales tomaba buena nota el celoso Tribunal, é iba haciendo coraje, como se dice vulgarmente.

En una epístola dirigida á su íntimo amigo D. José Cadalso, decía Iriarte, refiriéndose á los frailes, que

Llorando duelos,  
coa su vida ermitaña.  
poteen todo el reino de los cielos  
y dos terceras partes del de España.

Es posible que esos versos sean ahora más verdaderos y de mayor actualidad que cuando se publicaron en 1774.

En otra ocasión, tomando en broma las cosas santas, escribía:

Entre un dominiuco había  
y un agutino cuestión,  
y daba á su religión  
cada cual la primacía.  
—Yo á mi Dominiuco prefiero,  
que en la frente trae lucero...  
Y el otro le reconviene:  
—Santo hay en mi Orden que tiene  
estraellado hasta el trasero.

Según el propio autor, se refería á San Nicolás de Tolentino, al que pintan con hábito de estrellas, y, naturalmente, aparecía *estraellado* por delante y por detrás.

Estos versitos sacaban de quicio á los clericales de aquella época, llegando hasta el colmo del escándalo—según ellos—la siguiente décima:

«En qué estaría ocupada  
la Sacra Virgen María  
cuando Gabriel la traía  
la celestial embajada?»  
Esto preguntó en Granada  
un obispo á un ordenando,  
y él luego respondió: «Cuando  
el santo arcángel la dijo  
Dom nus tecum, es fijo  
que estaría estornudando.»

Aunque ya pasaban de la raya las demasías *heréticas* del célebre fabulista, todavía tuvo paciencia el Santo Oficio, y esperó á que el gran *pecador* se enredase aún más en sus propias redes. Como se verificó.

Un capuchino residente en Pamplona, fray Francisco de los Arcos, «gran colector de patrañas y tenaz propagador de milagros estupendos y de sucesos increíbles», todo ello arrimando el ascua á la sardina eclesiástica publicó en 1784 un extraño opúsculo, titulado *Noticias de cuando se inventaron las artes*, sembrado de desatinos, y dos años después otro volumen aún más extravagante, que rotuló *Conversaciones instructivas*, lleno de incongruencias de absurdos y de falsas maravillas...

Sin firmarlo, publicó Iriarte un folleto tomándole el pelo al P. Los Arcos con motivo de sus dos famosos opúsculos, y más tarde, con el sendónimo de D. Juan Vicente, dispuso una carta satírica contra D. Juan Bernardino Rojo, presbítero, inquisidor y autor dramático, poniendo en solfa su libro *Ilustraciones varias*. En esa carta manifiesta dudas sobre la venida de los Reyes Magos á Belén y bromea acerca del paso del mar Rojo.

Esto ya era demasiado, y el Santo Oficio se creyó en el caso de no esperar más y le formó causa, pero blanda y suave, como cualquier Juzgado municipal de nuestros días. He aquí lo que, acerca de aquel proceso, dice D. Joaquín Lorenzo Villanueva en su *Vida literaria*:

«De *levi* hicieron abjurar á D. Tomás de Iriarte, archivero y oficial de la primera Secretaría del Estado. Formóle proceso el Tribunal de Corte por sospechoso de los errores de los falsos filósofos; tuvo á Madrid por cárcel, con obligación de presentarse á dar satisfacción de los cargos que se le imputaban. Absolviósele en el Tribunal á puerta cerrada, sin concurso de otras personas, imponiéndose una ligera y secreta penitencia. Esto llegó á noticia de pocos Ni aun yo, que estaba en otros se cretos del Santo Oficio, llegué á saberlo hasta mucho tiempo después.»

Se ve, como queda dicho, que la Inquisición no era ya ni sombra de lo que fué; pero aun así es de admirar el valor cívico, la independencia de criterio de la mayoría de aquella sociedad, que vió con júbilo la expulsión de los jesuitas, y especialmente la de aquellos jóvenes despreocupados y razonadores.

Hoy los jóvenes son más prácticos y se apresuran á inscribirse en los *Luces*...

FRANCISCO FLORES GARCIA

*Heraldo.*

## La parte sensible

La procacidad de los diarios carlistas no reconocía límites durante la guerra. Pedían á sus correligionarios «fusiler,

cañones, lanzas, y al que no pudiese facilitar esos instrumentos de guerra, mil reales, cinco duros, una peseta y hasta dos cuartos, si á más no alcanzaban sus recursos, para Dios, para la patria y para el rey», amenazándoles con «que no luciría para ellos la misericordia divina si no contribuían en la medida de sus fuerzas á sostener la causa de D. Carlos.»

¡Dinero! Este era para los asesinos aquéllos el objeto primordial. Lo sacaban de todas partes, con peticiones, con amenazas, á mano armada... ¡Y lo hacían, cuando les interesaba hacerse gratos á la opinión! ¿A qué no se hubieran atrevido si llegan á triunfar?

Con las subvenciones de ferrocarriles, los robos al Estado y á particulares, lo que les producían los secuestros y lo que el clericalismo les daba, los carlistas eran entonces los que más dinero tenían en España. Las casas de Banca alemanas é inglesas saben bien el dinero que se les enviaba de Filipinas.

Por estas razones, ya que el dinero lo es todo para los carlistas, mestizos é integristas, en el bolsillo hay que castigarlos.

Sientan ellos el dolor ahí, y la guerra terminará por sí sola. Lo que todos ellos tienen vale menos que la vida de un soldado.

No se comete al hacerlo ninguna injusticia. Es ya ley que el vencido pague los gastos de la guerra: cinco mil millones de francos le costó á Francia el ser derrotada por Prusia.

Apliquemos este sistema á los carlistas, pero desde que disparen el primer tiro, pues que tenemos la seguridad de vencerlos; decretése el embargo de sus bienes, y véndanse tras breve tramitación. Así tendremos para los gastos de la guerra sin sacrificar al país.

Y no haya cuidado entonces de que la guerra dure mucho: el día que los carlistas, con careta ó sin ella, vean que tienen que pagar los vitrios que rompan, no romperán más vidrios.

Hay hombres que sufren resignados, y hasta orgullosos, la cárcel, el presidio, el destierro; padecer personalmente por una causa política, se considera hasta como una gloria.

Pero tóqueseles al bolsi lo, embárguen-seles sus bienes, vean pasar sus fincas á otros, enemigos suyos quizás, y, ¡adiós valor, idea del sacrificio, abnegaciones!... Los leones se vuelven corderos. Dar la vida, bien; pero el dinero... ¡Oh! esto es superior á las fuerzas humanas... ¡Verse desposeídos, pobres!... No hay convicción que resista á tan desoladora idea.

1897

## La brujería en Barcelona

por "Fray Gerundio"

Precio: una peseta.



## El proceso del Toisón

(CONCLUSION)

los brillantes del Toisón para hacerse una joya? Le hice notar la inconveniencia de hacerlo, y entonces él me dijo: «No, no, mejor será venderlo y pagarle una buena cena.»

Al día siguiente debía salir yo para Bayona, y no teniendo dinero, D.<sup>a</sup> Margarita me dió una pequeña suma.

**Presidente.**—Cuando salisteis para Bayona, ¿el Toisón estaba entero ó deshecho?

**Boet.**—Estaba deshecho. En el café Riche determinamos deshacerlo para no inspirar sospechas.

**Presidente.**—¿Qué hicisteis del oro que ligaba los brillantes, y del anillo en que el Toisón concluye?

**Boet.**—Esta es una de las cosas más extravagantes de este asunto: don Carlos quiso tener, por capricho, este anillo de oro como recuerdo de la condecoración. El resto de ella, y algunos brillantes, lo envié á Tolosa á disposición de Retamero.

En el acta de acusación se dice que un agente de la policía secreta me seguía por encargo de D. Carlos, que sospechaba de mí. Debo manifestar que en este proceso veo siempre comparecer testigos cada vez que se necesita alguno, *testigos que cambian de opinión* á cada momento. Siempre que yo expongo un argumento grave contra D. Carlos, al punto sale un testigo, á quien no he visto nunca, para defenderle. Quisiera que se fijaran en esto los Jurados.

Llegué á Bayona con el Toisón de Oro. El acta de acusación pregunta cómo tenía yo en mi poder esa joya sin una autorización de D. Carlos. ¿Podía haber desconfianza entre D. Carlos y yo? Yo no podía pedirle garantía alguna á él, que era el dueño del Toisón y además mi jefe y amigo. Más bien debía preguntarse cómo tenía yo la alhaja en mi poder sin haberle dado á él un recibo.

Pocos días después de mi llegada á Bayona, don Carlos fué echado de París, aunque el acta de acusación dice que *partió* para Londres.

A su partida, nuevo escándalo. Llevóse públicamente conmigo á la baronesa, y todas las señoras y familias legitimistas que fueron á la estación para hacer una demostración de partido, se avergonzaron de verle en tal compañía.

Cuando supe que llevaba consigo á la baronesa á un país don le todo es muy costoso, pensé al punto que la necesidad de dinero debía venir pronto, y esperé los billetitos consabidos.

**Presidente.**—¿Escribisteis á D. Carlos á Londres para que os mandase instrucciones sobre el Toisón?

**Boet.**—Si, le escribí dos cartas. El me había dicho en el café Riche de París, que si no me mandaba dinero, podía servirme de las alhajas para cobrarme de los estipendios convenidos hasta 18.000 francos. Así, pues, como mi esposa se hallaba en grande necesidad, escribí á D. Carlos que, puesto que estaba en Londres, podía vender allí los diamantes por haber facilidad para hacerlo. Recibí esta respuesta: *en Madrid todos*, lo cual equivale á decir: en Madrid véndelos todos. Estas palabras se hallaban escritas en dos pedacitos de papel; detrás iban las iniciales de D. Carlos.

Por entonces se comenzó á hablar de la venta que se estaba haciendo en Bayona de los diamantes y alguno preguntó si eran los del Toisón.

Yo mandé á D. Carlos un recorte de un periódico francés en el que se hablaba de ello, y le dije que no creía ya conveniente ir á Madrid para ver en el resto, porque todo se descubriría. A esto no respondió. Repetí mi carta y no recibí una línea de contestación. Entonces le mandé otro periódico y otra carta por medio del conde de Coetegon, corresponsal de la *France*. El conde me respondió que D. Carlos había leído el periódico y la carta y que había dicho: «está bien». Pero después D. Carlos escribía su falsa denuncia contra mí. Y aquí entran dos circunstancias dignas de apuntarse.

Cierto día se me presentó Retamero diciendo que iba de parte de don Carlos y me hizo tan grandes ofertas, que me extrañaron, tanto más cuanto que D. Carlos no conocía á Retamero: este había sido ayudante mío en la guerra, y ahora se halla empleado en la farmacia de un legitimista de Tours.

Después de hacerme aquellas promesas, me dijo que llevaba además un encargo secreto para mí. «Tengo encargo de D. Carlos de recogeros, no el Toisón, sino los diamantes del Toisón.»

Me alegraré mucho de desembarazarme de toda responsabilidad y entregármelo todo, y le pregunté si traía carta de D. Carlos. Dijo que no. Esto me sorprendió mucho y no se lo oculté. Entonces Retamero me refirió una escena muy grave ocurrida en aquellos días entre D. Carlos y D.<sup>a</sup> Margarita. «Venid conmigo, le dije, á la villa de la Tourette, donde estoy alojado.» Allí quedó todo descubierto. Entonces le advertí que estaba en Toulouse para entregar los diamantes al fiscal de la República y contarle el caso.

Retamero me miró y dijo:—La verdad es que yo no vengo de París, sino de Tours.—En tal caso, ¿por

qué me dijisteis que veníais de París?—Ramón Esparza, el secretario de D.<sup>a</sup> Margarita, ha llegado á Tours, y me ha encargado que viniese á representar el papel que he hecho.

Se había convenido entre Retamero y Esparza, que aquél enviaría á éste un despacho puesto en palabras convencionales, para decirle si el Toisón había parecido: ese despacho figura en el proceso. Como se ve, no hay por qué maravillarse de que D. Carlos y yo nos escribiéramos en términos convencionales.

Yo, que sabía que Esparza era secretario de D.<sup>a</sup> Margarita, sospeché naturalmente que todo aquello era una estratagema de la esposa de D. Carlos para saber la verdad de lo que había sobre el Toisón. Entonces dije á Retamero: «Os entregaré dos cartas que copiareis, guardando las minutas, si me dais palabra de no revelar á nadie lo quedigan.» Así me lo prometió. Entretanto, expidió un despacho en estos términos. «*Encontrado el amigo*», esto es, encontrado el Toisón, porque para D.<sup>a</sup> Margarita éste no se llamaba el As, sino el *amigo*.

Las dos cartas que entregué á Retamero se referían, la una á asuntos políticos y la otra al Toisón. Y aquí debo declarar una cosa grave.

En la carta que me ocupaba de asuntos políticos trataba de la cuestión contra D.<sup>a</sup> Margarita, y me parece extraño que la justicia no me haya hablado aún de este asunto. La referente al Toisón era menos grave, pues en ella sólo hacía mención de cuestiones de intereses, mientras en la otra se trataba del honor de una señora. (*Atención*). En aquella carta, que figura en el proceso, me lamentaba de la calumnia de que era objeto D.<sup>a</sup> Margarita.

Cuando D. Carlos recibió mis cartas, dijo á Retamero: «Boet es muy orgulloso. Quiere luchar conmigo, pero yo lo aplastaré.»

Retamero ha presentado ante el juez, no sólo la minuta referente al asunto del Toisón, sino también la que hablaba de la calumnia contra D.<sup>a</sup> Margarita.

**Presidente.**—¿Por qué quisisteis que Retamero tuviera copia de esas cartas?

**Boet.**—Yo dudaba ya por aquel entonces de D. Carlos, pero desde la llegada de Retamero comencé á sospechar y comprender que me estaba reservado sostener una titánica lucha, como la que sostengo, para la cual debía proporcionarme testimonios que pusieran á salvo mi honor.

En las primeras declaraciones Retamero dijo toda la verdad sobre la comisión que Esparza le confiara, y sobre lo que entre nosotros pasó, presentando, como he dicho, los documentos. Pocos meses después escribió á los jueces que quería decla-



rar lo contrario, y que los documentos aquellos eran falsos.

Cuando Retamero se fué, escribí una carta desdefiosa á D. Carlos: le decía que podía sacrificarle la vida, pero que el honor no lo sacrificaba por nadie, y hasta le llamaba canalla. Le hacía también presente que podía aducir como excusa ante su familia que la venta del Toisón de Oro era una consecuencia de la unión con Francisco II, donde se trató sobre la expedición de Nápoles; pero que no comprometiera mi honor en una farsa.

Transecurridos algunos días, supe que en Bayona se indagaba quién había comprado los diamantes; al mismo tiempo recibí noticias bastante graves de la calumnia contra D.<sup>a</sup> Margarita.

Entonces envié un telegrama á Retamero, en el cual le rogaba que hablara al corazón á D. Carlos, que le recordase mis servicios, y que no me hiciera víctima de aquella traición. ¿Si hubiera sido culpable, hubiera procedido así? Precisamente en aquella época telegrafiaba yo á D. Carlos pasando de la súplica á la amenaza.

Retamero fué á París y se presentó en casa de D. Carlos, pero no pudo verle; aquel á quien yo enviara para hablar al alma á D. Carlos tuvo que contentarse con ver apenas á D.<sup>a</sup> Margarita, quien le dijo: «Es inútil ver á D. Carlos sobre este asunto; tiene una cabeza especial».

Ruego ahora á los Jurados que se fijen en esto:

Primera observación: D. Carlos no me escribe nunca, ni aun para llamarme ladrón; segunda: D.<sup>a</sup> Margarita envía á su secretario para tratar de arreglar el asunto, y después de eso no permite á Retamero que vea á D. Carlos, cuando iba precisamente á hablarle del robo. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que el robo no existe y que no se quiere que yo me vea frente á frente con D. Carlos.

Entonces, para dar á D.<sup>a</sup> Margarita una prueba de deferencia, entregué á Retamero la mayor parte de los brillantes, y recibí por conducto de éste un telegrama de aquella y de Esparza, fechado en Passy, que decía: *Todo descubierto; aconsejad á vuestra familia que niegue á todo trance. (Sensación).*

Comprendí de lo que se trataba. Si yo aconsejaba á mi familia que negase, entonces me prenderían por ladrón: mi esposa y su madre fueron conducidas á la cárcel.

Me puse en comunicación con el marqués de Alex y con el sacerdote Ardavide para ver el modo de restituir el resto de los brillantes y que mi familia saliese de la prisión: la fatalidad, que está en contra mía en todo este asunto, ha hecho que sean

carlistas ó legitimistas cuantos en él intervienen, y que éstos, por evitar el gran escándalo de hoy, que es un golpe mortal para el partido, se declararan contra mí.

Acudí además de los ya citados al abogado Bessayre, que debía llevar en persona á D. Carlos los diamantes y hacer que éste firmara el recibo sobre los paquetes que los contenía, y si D. Carlos se negaba, acudir al presidente de la República para contarle lo ocurrido. Sobre los paquetes estaban escritas las siguientes palabras, para mi salvadoras:

«Este paquete envuelve un brillante grande, rodeado de 14 más pequeños, y otro grande, rodeado de 11 más pequeños. Estos objetos pertenecen al Toisón de oro que S. M. el rey Carlos VII me confió en Milán para venderlo. Lo firmo y sello en presencia de D. Carlos Benítez de Avila, marqués de Alex, y de D. José Erdavide, sacerdote.»

Como D. Carlos se encontraba rodeado de sus partidarios, ante los cuales podía hacer cuanto quisiera, tomó los paquetes y los abrió: todo su empeño consistía en no escribir y en manifestar, no sólo que yo era un ladrón, sino que yo mismo lo había confesado. Era una tontería: bien conocía él mi amor al partido y sabía que por éste haría toda clase de sacrificios, pero que mi honor no lo daría por ningún rey del mundo.

Yo estaba al corriente de cuanto sucedía y escribí á D. Carlos una violenta carta, en la cual pedía que á toda costa se pusiera en libertad á mi familia.

D. Carlos hizo que el marqués de Alex me telegrafara que desistiría de todo si yo me dejaba exhonorar de mis cargos y honores: comprendí que se trataba de continuar la comedia, y consentí. D. Carlos quería que restituyese también las cartas y documentos que en mi poder tenía referentes á los asuntos del partido legitimista europeo.

Al regresar de París el marqués de Alex y Erdavide, me contaron cuanto había acontecido. Si yo hubiera sido un ladrón, me habrían preso, poniendo en libertad á mi mujer.

Fui á París; allí encontré al venerable anciano Mr. Girard, el cual se lamentó: margamente de lo que acontecía, pues redundaba en grave perjuicio y ruina de la causa legitimista; añadiendo: «Debéis comenzar por defenderos y decir toda la verdad.»

Escribí á D. Carlos por más que creía superfluo el hacerlo, que se pusiera en libertad á mi mujer, pero que no entregara las cartas. La razón era evidente: sabía que comenzaba la lucha contra un enemi-

go poderoso, y debía prepararme para ella. Escribí también á doña Margarita, rogándole intercediese por mi mujer y por mis hijos: nada le pedía para mí.

D. Carlos estaba furioso con mi conducta. Al ver que nada real me daba para mí, creyó que me disponía á emprender una guerra á muerte contra él.

Salí de París con dirección á Roma. A la consideración de los señores Jurados dejo la situación en que abandoné Francia, con mi mujer en la cárcel y á mis hijos en desamparo. Me presenté á un juez de instrucción en Roma, y preferí esta ciudad porque en ella existen muchos institutos, en los cuales, por mi cualidad de español, podía encontrar hospitalidad y asistencia. En los primeros días recibí muchos anónimos: en unos se me prometía amistad, en otros se me amenazaba. De ninguno hice caso.

Se me presentó un elevado personaje, el cual me dijo que si deseaba marcharme á América, me proporcionaría dinero y cuanto deseara; al mismo tiempo hizo grandes esfuerzos para que saliera de Europa con el objeto de concluir de este modo el escándalo contra D. Carlos. Le conté que era tarde.

Llegué á Milán y procuré que la instrucción del proceso y las declaraciones de los testigos se hicieran con rapidez, pues como éstos pertenecen á un partido político, podía encontrarse en contradicción si se les interrogaba prontamente.

Retamero me escribió entretanto, que como yo había publicado un Manifiesto contra D. Carlos, no podía estar conmigo, porque el partido se lo prohibía. Entregué la carta al juez instructor.

Haré constar otra circunstancia.

Entre las personas con quienes conferencié antes de salir de París, se contaba, como es natural, Retamero. Hablé dos veces con él, ya para adquirir noticias, ya para rogarle que cuidase de mi familia. De estas conferencias se pretende sacar partido para afirmar que traté de seducir á Retamero.

Los legitimistas de Tours están escandalizados con la conducta de D. Carlos, y han escrito en contra de él al conde de Chambord. ¿Cómo podía seducir yo á Retamero, si ya en su conciencia estaba en mi favor? ¿Cómo podía seducirlo, cuando los legitimistas de Tours eran ya enemigos de D. Carlos? ¿Qué culpa tengo yo de que éstos hayan cometido el delito de lesa majestad de escribir al conde de Chambord?

Una cosa más grave podía decir sobre este asunto, mas no me atrevo; espero las novelas que contra mí escriben ahora mis enemigos.



Me reservo, por tanto, decirla á su tiempo.

He concluido; réstame tan solo pronunciar algunas palabras.

Mis enemigos son poderosos; mis enemigos no son ni un hombre, ni un partido, sino los partidos legitimistas de Europa, ricos en medios, en relaciones, en influencias, en todo y yo soy un hombre, solo y pobre. Pero no les temo; y no sólo no les temo, sino que les provoqué y los ataco desde este banco, que se llama el banco de los acusados; porque ellos son la mentira, señores, y yo soy la ver'ad; y la verdad son unas Termopilas.» (*Resuenan en la sala prolongados aplausos; el público se muestra visiblemente conmovido.*)

Hasta aquí la defensa de Boet.

## Falsedades y amaños

En las declaraciones de los testigos se vieron el amaño, la falsedad, el espíritu de partido, todo menos la verdad, la imparcialidad y la justicia: dieron motivo la mayor parte para haberlos echado á presidio. Únicamente dos, el marqués de Alex y el cura Erdavide, que realmente habían intervenido en varios incidentes del robo simulado, se portaron como honrados y caballeros, á pesar de ser carlistas acérrimos.

El juez y los fiscales dieron repetidas y manifiestas pruebas de inclinarse al lado de D. Carlos, teniendo, sobre todo el presidente, que rectificarse y disculparse por algunas de sus malévolas reticencias y apasionadas censuras al acusado.

A pesar de esto, el público y los Jurados, después de oír á Boet y los testigos, quedaron completamente convencidos de que el autor del robo había sido el propio D. Carlos.

Las defensas de Emilio Campi y Escipión Ronchetti fueron notabilísimas y terribles para el ladrón de sí mismo. Publicaré lo más saliente de ellas, y á continuación una carta de Boet hablando de unos papeles secretos donde se prueba que el encargado por D. Carlos de intervenir en la causa del Toisón en Milán era además de cínico y falsario, ferviente cofrade del vicio que hizo llover fuego del cielo, según la Biblia, sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra; pues, para que nada le faltase al partido carlista, había entre los íntimos de D. Carlos... hasta hombre de esos.

## 1.ª defensa del acusado

El abogado Campi comenzó de esta manera:

«Boet está delante de vosotros, señores Jurados, acusado de un crimen tan imaginario y extravagante, que la sola acusación fiscal basta para demostrarlo de sobra; y lo acusa

un hombre como D. Carlos, un hombre de una vida tan disoluta, de una reputación tan perdida, de un carácter tan vil, que estos debates, tomando de repente un giro inesperado, más que sobre una cuestión judicial versan sobre una cuestión moral.

Ya no se trata verdaderamente de saber si Boet es un ladrón, sino si D. Carlos ha llegado á un grado de envilecimiento tan bajo, que se haya atrevido á pagar los grandes servicios de uno de sus más distinguidos partidarios, calumniándole al acusarlo de un crimen que no ha existido.

Observad, señores Jurados, cómo la denuncia y el proceso contra nuestro defendido están llenos de las mayores infamias y vilezas que jamás se hayan visto; y cómo aquí, y por el hecho de este espionaje, vienen ya revestidos de tales falsedades y falsificaciones, que revelan, por parte de la incalificable corte de Passy, el propósito, no de averiguar y hacer castigar un crimen, sino de perder á un hombre que estorba y á quien se teme.»

Analiza en seguida los testigos carlistas, y dice que pertenecen á un partido especial que, en razón á sus mismas condiciones políticas, no vacila nunca en supeditar la verdad y la moral, si comprometen el prestigio de la causa.

«Toda Europa, añade, sabe quién es D. Carlos; por fuera, el representante, la cabeza de este partido, el hombre del altar y el trono, el rey puro, el rey inviolable é inmaculado; pero por dentro, el vicio, la necedad, la cobardía, la corrupción, la vileza. Surge el rompimiento con Boet, y el partido se ve amenazado de que quede descubierta y patente toda aquella corrupción, toda aquella vileza, toda aquella infamia. ¿Que harán los carlistas? Ponerse de parte de D. Carlos y mentir contra Boet, por más que conozcan la inocencia de éste. Siguiendo una máxima jesuítica, todos dicen á la vez: «Perezca el inocente y triunfe el culpable, con tal que se salve la cabeza del carlismo.» Todos habéis visto cómo se ha desarrollado aquí esta máxima; todos habéis visto cómo han llegado á mentir en lo más evidente, en lo más probado, en lo más indudable de todo, en los amores de don Carlos con la corista de Pesth. ¿Qué confianza merecen, pues, estos testigos? Ninguna. Es positivo que han mentido en todo aquello que debía perjudicar á su ídolo, y en todo aquello que debía favorecer al enemigo de éste.

«Pero entre esos hay dos que no quieren seguir esta infame conducta; dos que aman al partido, pero que aman todavía más la verdad: Alex y Erdavide. Estos han sido carlistas; el último declara en alta voz

serlo aún, y estar todavía dispuesto á empuñar la espada en defensa de su rey; pero uno y otro declaran que ni por su partido ni por su rey quieren mentir, ni mienten, ni mentirán. ¿A quiénes, pues, creemos, señores Jurados? ¿A los que mienten por ser carlistas, ó á los que no quieren ponerse de parte de D. Carlos, á pesar de ser carlistas? El sentido común y jurídico nos dice que á estos últimos.»

Examina después las declaraciones de Alex y Erdavide, y demuestra cuán pérfido y vil fué entonces don Carlos; lo pinta prometiendo hoy retirar la denuncia de Milán, negándolo después y concediéndolo enseguida; ordenando suscribir el proyecto, y luego que era aceptado, presentando otro inaceptable; todo, ya con el objeto de recoger los diamantes que le faltaban, ya de apoderarse de los papeles que Boet tenía, ya de sorprender á éste y perderlo, ya de dejarlo bien humillado, bien deshonorado y envilecido, á fin de que después no pudiera vengarse.

¡Cuánta bastardía, señores! ¡Cuánto cieno! ¡Cuánta bellaquería! Don Carlos se presenta en estas negociaciones tal como nos lo pintara Boet; como el alma más baja, más corrompida y hedionda que jamás haya existido.»

Se ocupa de las declaraciones de Retamero, y exclama:

«Todos hemos oído con la misma repugnancia á este testigo, y seguramente que nos estará olvidarnos de la viva repulsión que nos ha inspirado: es un testigo antipático, embustero, descarado, cínico, perdido y perdulario; es el Judas de la Comedia del Toisón. Pero todos vosotros habéis visto en su fisonomía pintado el estigma del fanatismo político. Es el tipo carlista que por su partido está dispuesto á todo, á renegar, á mentir, á vender y venderse, á morir, á todo, señores, á todo absolutamente; porque, piénsese lo que se quiera de él, nunca se podrá negar que mintió, y que mintió de un modo tan colosal, que hay pocos ejemplos de embustería semejante.

Boet es pobre, señores, y tan pobre, que casi es indigente. Sí; ese hombre á quien se pinta como un ladrón de Toisones, como un deudor incansable, ha tenido mil medios de enriquecerse, y siempre ha sido pobre; D. Carlos, ese pretendido millonario, ese vicioso, ese inmoral, ha dejado también en la indigencia á su más importante partidario, y hasta se ha negado á darle el pan que le había prometido para alimentar á su familia; y no contento con esto, niega hoy que se lo hubiese prometido, y le acusa de ladrón; conducta digna del hombre sin capacidad ni moralidad, sin dig-



nidad ni valor; del príncipe bajo y asqueroso que ha estabulado la causa del Toisón, esa causa que será su ignominia más grande...

El público aplaude frenéticamente: ¡bravo, bravo! gritan hombres y señoras.

Paribelli, el presidente, fuera de sí, grita:

—¡Que se eche en seguida á todo el mundo á la calle, menos á los periodistas y á los abogados de las tribunas!

Los gendarmes invaden la sala; oyense voces, protestas, y después de alguna resistencia pasiva el público se retira.

Campi invoca entonces la imparcialidad del Jurado, y acaba pidiendo la declaración de la inocencia de Boet.

«Así sereis justos, exclama, así sereis dignos de Italia.»

Se levanta la sesión.

Al salir Campi á la calle, oyese un grito atronador; la gente aplaude frenéticamente al abogado, y no se ven más que manos que palmorean, ni se oyen más que voces de ¡bravo, bravo!

Paribelli y el fiscal huyen por otra puerta llenos de rabia y vergüenza.

## 2.ª defensa

Al día siguiente, 21 de Julio, se levanta el fiscal á rectificar el discurso de Campi; sale del paso como puede, y habla después Ronchetti, el segundo defensor de Boet.

El joven diputado, elocuentísimo, enérgico, lanza tremendos apóstrofes y tiene arranques de sublime indignación que conmueven al público.

Fué una acusación en regla de toda la vida de D. Carlos. En pocas palabras le describió magistralmente, demostrando el estado de dorada indigencia á que había llegado el Pretendiente con su vida de crápula.

Copiaré algo de lo que dijo:

«Extraño proceso es este, señores Jurados, donde el acusado habla como acusador, y el acusador es tratado como acusado. Cuando no otra cosa, esto debiera bastar para examinar los hechos con la mayor atención y el más exquisito cuidado. Yo hablaré poco, porque después de la elocuente y sólida defensa hecha ayer por mi compañero, no veo la necesidad de cansaros más.

D. Carlos ha fingido ese robo, y al verse comprometido ha echado la responsabilidad sobre Boet. Tenemos, pues, el deber de mirar de pies á cabeza á D. Carlos.

«Vosotros no podéis ocuparos del príncipe», nos decía el señor fiscal. ¿Por qué no? ¿En virtud de qué? ¿No es D. Carlos un hombre público? ¿No pertenece desde hace mucho

tiempo á la Historia? ¿No ha hecho una guerra dinástica en su patria? ¿No podremos ocuparnos de él cuando debatimos una causa en la cual es acusador y acusado?

Presidente.— Señor abogado: no permitiré que insulte usted al señor duque de Madrid. Téngalo usted entendido.

Ronchetti.— Yo no os hablaré, señores Jurados, de la guerra cruel y asoladora que ese hombre ha hecho á su país por su ambición política; no os hablaré de los horribles asesinatos que en su nombre cometieron Rosa Samaniego, el cura Santa Cruz, Savalls y tantos otros; no os hablaré de su ignorancia, cobardía y corrupción ya proverbiales; no os hablaré de sus galanteos con mujeres casadas, de las doncellas que ha violado en el Norte de España, las casadas que ha deshonrado, ni de su vida en París, en Viena y Rumania, de la aventura en una ciudad del Danubio, donde una meretriz, para hacerse pagar, le robó los dientes postizos... (El público prorrumpe en grandes carcajadas. Las señoras no pueden contener la risa.)

Presidente.— ¡Esto es intolerable! Señor abogado, no puedo consentir que S. S. continúe en este terreno.

Ronchetti.— Una sola cosa os diré, señores Jurados; una sola, y tenedla bien presente. Era en Filadelfia, pocos meses después de terminada la guerra; D. Carlos había pasado á América para lucir en los Estados Unidos las glorias adquiridas en España, y allí había frecuentado la casa de una mujer á quien por decoro trataremos de señora. Una noche, no pudiéndole pagar, se quita del dedo una sortija y la pone en el de aquella mujer perdida en pago de su trabajo. En aquella sortija se leían las palabras *Carlos-Margarita*, y una fecha. Era, señores Jurados, la sortija nupcial de D. Carlos; la sortija sagrada del hombre que contrae matrimonio. (Gran sensación; la multitud se agita; las señoras apenas pueden contener un grito de indignación.)

Ronchetti.— Y para que el escarnio, señores Jurados, fuese mayor; para que la altísima institución del matrimonio quedase más pervertida, don Carlos, el defensor del altar y del trono, el representante de la religión, dijo á aquella mujer: «Un día me sentaré en el trono de San Fernando; un día seré rey de España. Presentaos entonces en Madrid con esta sortija, llamada á mis reales palacios, y os concederé lo que me pidáis, sea lo que fuere.» ¿Quién, pues, ¡oh señores Jurados!, se atreverá á negar que el infame que ha hecho esto ha podido también fingir el robo del Toisón?... (Sensación general en todos los bancos y galerías: movimientos de indignación.)

Presidente.— Señor relator; escriba usted en el acta que el señor abogado ha pronunciado estos ataques contra mi voluntad repetidamente manifestada. Esa conducta es intolerable.

Ronchetti.— ¿Qué causa tenían Boet y D. Carlos, el uno para robar y el otro para fingir el robo? Así ha dicho el señor fiscal, y se ha contestado: «Boet necesitaba dinero; don Carlos era millonario; luego el robo de Boet era posible y la simulación de D. Carlos absurda.» ¿De cuando acá, señores Jurados, el ser pobre es indicio de ser ladrón? ¿En virtud de qué ley los pobres son sospechosos de ladrones? ¿Es esto justo ni moral? ¿Es así cómo debe hablar el representante de la ley?

Boet, sí, es pobre; es casi indigente, pero honrado. Boet podría ser rico; ha tenido mil medios de serlo en Cuba y durante la guerra carlista, y siempre ha vivido modestísimamente de su paga, y cuando ésta le ha faltado, no ha vivido del robo ni de la estafa, sino del crédito más limpio y franco. ¿Y ahora ha de venirse á ennegrecer á nuestro cliente, diciéndonos que por lo mismo que es pobre, y lo ha sido, es probable que haya robado el Toisón? ¿No es más bien esta digna pobreza una prueba indestructible de que no lo ha robado?...

¿Pero dónde se ha visto tampoco que la riqueza sea una prueba de imposibilidad de ciertas malas acciones? ¿No se ve cada día todo lo contrario cuando esos ricos, como D. Carlos, no lo son bastante para pagar sus devaneos, sus vicios, sus caprichos, sus galanteos, sus desórdenes, sus viajes, y tantos y tan grandes desatinos como la ociosidad les inspira?

Que D. Carlos tiene un patrimonio. Es cierto; pero no lo hemos negado nunca. Pero ese D. Carlos á quien se nos pinta como un hombre que puede tirar el dinero, recibe, cuando la guerra de España, un caballo árabe en don, y al volver á Francia lo hace vender por necesidad; los legitimistas franceses lo rescatan y se lo devuelven, y él lo revende en seguida en otra ciudad.

Ese millonario, á principios del 77, viaja por Rusia, y de repente no puede continuar viajando por falta de dinero. Y por no saber de dónde sacarlo, este millonario llega á París; y habiéndole Boet pedido 60 francos para ir á Bayona, D.ª Margarita nos dice que no se los pudo dar y que ella se los entregó. ¡Curioso millonario es ese, señores Jurados; millonario que, según Suelves, puede girar medio millón con sólo firmar un cheque, y que no tiene 60 francos para entregar á su secretario general!

Luego lejos de probar la pobreza



de Boet que éste fué un ladrón, lejos de indicarlo, lo desmiente; y lejos de probar é indicar la riqueza de D. Carlos que éste fué robado, indica que pudo muy bien fingir el robo. Pero nada nos lo revelará mejor que su actitud y las primeras sospechas que concibe su esposa contra Boet. ¿Cuál debía ser su actitud ante esas sospechas? Si había robo, resuelta; si había fingimiento, vacilante y vergonzosa; y, sabedlo, señores Jurados, fué vergonzosa.

¿No era él quien debía enseguida vigilar á Boet? ¿No era él quien debía perseguirlo? ¿No era él quien debía acorralarlo? Sí, si no había fingido el robo. Pues no es él, sino D.<sup>a</sup> Margarita. Los autos y los testigos lo están diciendo á voces. ¿Quién encarga la vigilancia á la policía? doña Margarita; ella misma nos lo ha dicho. El notario Goupil lo confirma, y el conde de la Ferté no lo niega. ¿Quién hace avisar al juez de Milán? D.<sup>a</sup> Margarita. ¿Quién pide consejos sobre esto al comisario de policía Clement? D.<sup>a</sup> Margarita. ¿Quién entabla negociaciones con Boet para la restitución de los diamantes? doña Margarita. ¿Qué empleado de la casa figura en estas negociaciones, como representante de la misma? No un secretario, no un representante de D. Carlos, sino Esparza, el secretario de D.<sup>a</sup> Margarita. ¡Oh! ¿Qué quiere decir esto sino que D. Carlos titubeaba, que tenía miedo, que á pesar de su cinismo no se atrevía á atacar de frente á Boet? ¿Qué quiere decir esto sino que no había robo, ni ladrón, sino una farsa, una indigna farsa, de la cual D. Carlos era el protagonista?»

Habla del batallón de testigos falsos que han desfilado con libertad para decirlo todo, mientras se ha cohibido á los verídicos y honrados, y exclama volviendo sobre el tema de la no presentación de D. Carlos:

«Pero no quiero fijarme en estos ni en otros testigos, sino en dos, que son los más importantes. Desde el momento que Boet nos dice que D. Carlos le entregó el Toisón de mano á mano y á solas, los testigos son ellos dos, el uno para afirmar y el otro para negar, el uno para iluminar á la justicia sobre el robo fingido y el otro para ilustrarla sobre el robo verdadero. Boet se ha presentado; ¿se ha presentado también D. Carlos? No.

¿Por qué no se ha presentado? Porque tenía miedo, porque era culpable, porque no se veía capaz de arrostrar ante nosotros la voz tonante del hombre á quien había calumniado. Este lo llamaba desde la barra, lo citaba, lo desafiaba, y D. Carlos, despavorido, tembloroso, amedrentado, no aceptaba el reto. ¿No hubiera venido si fuese inocente? ¿Quién duda de que no hubiera sido

necesario llamarle? El mismo compareció con la mayor espontaneidad. Pero este careo, no sé por qué razones, tampoco tuvo lugar durante la instrucción. ¿Fué á instancias del mismo D. Carlos? No lo sé; pero os haré observar que es inaudito en casos análogos no poner frente á frente á los dos adversarios. ¿Quién sabe lo que hubiera resultado de este careo? ¿Quién sabe si en seguida no se hubiera sobreseído en la causa? El hecho es que Boet pidió durante la instrucción este careo, y no una vez, sino dos, tres, ciento, mil, y jamás lo obtuvo. El, pues, desafió á su adversario, y su adversario no osó presentarse.

Señores Jurados: el señor fiscal ha acabado hoy su rectificación, pidiéndoos que declaréis culpable á Boet, porque de lo contrario dirán que lo habéis absuelto en odio á don Carlos. Yo os digo que juzguéis según vuestra conciencia, prescindiendo de toda consideración política. Y vosotros sois demasiado justos para hacer ahora lo contrario de otras veces, para dejar de sujetaros á la prescripción que está inscrita en aquella pared, donde se dice que aquí se juzga, no por la influencia, sino por la convicción y la rectitud.»

### Absolución de Boet

Boet fué absuelto con aplauso de toda Europa, y quedó probado que D. Carlos había sido el autor del robo y que carecía hasta de los más leves rudimentos de moral y de dignidad.

Ese hombre, que para atender á sus queridas no vacilaba en hacerse ladrón de sí mismo, arrojando la responsabilidad sobre sus servidores; ese bohemio de la realeza, borracho, cínico, ignorante, cobarde y malvado, era el sér que unos cuantos miles de imbéciles ó aventureros nos querían imponer como amo y señor, aunque para ello tuvieran que apelar á una guerra de crímenes y bestialidades digna de bandidos.

A gentes que así piensan, hay derecho para perseguirlas y exterminarlas, considerándolas como el mayor peligro nacional.

### ¡JAMAS!

Si ese á quien los curas llaman rey, los libertinos maestro, los asesinos tocayo y la justicia criminal, viniese á España sin la intervención de la Guardia civil, porque así le conviniera á la familia que vive en el palacio de la plaza de Oriente y al Papa, y los españoles lo consintiéramos, razón tendría el mundo para escarnecernos ó despreciarnos.

Todo es posible aquí menos la venida

de ese imbécil con corona de talco, que tanta sangre española ha vertido y tantas desgracias y ruinas ha causado; todo, menos ver á los hijos de sus víctimas trabajando para pagarle el sueldo que se le asignaría en la lista civil.

Los que tal piensan, desde el Papa abajo, ni nos conocen ni saben de cuánto seríamos capaces si hubiera un gobierno tan miserable que consintiera á don Carlos pasearse por España pisando las tumbas de nuestros padres, de nuestros hijos, de nuestros hermanos.

Se necesita ser loco ó malvado para pensar siquiera que nuestro ejército pudiese presentar las armas ante ese hombre que, si tuviera un millón de vidas y todas se las arrancáramos en el patíbulo, no empezaría aún á purgar los crímenes de lesa humanidad que ha cometido.

Rebajados estamos hoy los españoles, mas no hasta el extremo de callar ante ese proyecto, en el instante mismo que alguien cometiese la indignidad de presentarlo.

Con escopetas, con fusiles, con sables, con palos, con piedras, con las manos solas, exterminaríamos á los que tal intentaran y á cuantos sospecháramos que pudieran simpatizar con la idea.

Y no sirve decir que la medida sería conveniente porque así nos aborramos nuevas guerras civiles; no. Aparte de que eso es mentira, yo preguntaría: ¿cuándo ha rehusado España sacrificio alguno para acabar con el carlismo?

Jamás reparó en río de sangre más ó menos para combatir á esa horda de salvajes que trata de entregarla maniatada á la teocracia, á fin de que ésta acabe de chuparle la poca vida que le queda.

Nunca se negó á pelear en las calles, ni á batirse en los campos, ni á llenar los presidios, ni á subir al cadalso por la causa de la libertad, antítesis de la que el carlismo representa.

¿Y habían de haber hecho nuestros padres todo esto, para que ahora, por conveniencias de una familia, se pasase la esponja del olvido sobre esta historia de sangre y lágrimas, pero de gloria á la vez?

¡Imposible, imposible! Porque si no lo fuera, si hubiese tan sólo una probabilidad entre quinientas mil de que esa vergüenza llegara á realizarse, España dejaría de ser una nación de hombres dignos, para convertirse en un rebaño de siervos abyectos y corrompidos; y las demás hoy, y la historia mañana, dirían y con razón:

«El pueblo que tal afrenta consintió, merecía realmente ser mandado por clericales.»

1886

### LA RELIGION AL ALCANCE DE TODO:

POR  
R. H. de Ibarreta  
UNA PRUEBA



# Los Papas

POR

ROBERTO ROBERT

das y tremebundas prácticas de sus predecesores; mas ¡ay! parece que era tarde.

El emperador de Austria de entonces, que por cierto se llamaba José como el de hoy, y era II de su nombre, puso tiránicos límites á la fundación de conventos, que de día en día iban cubriendo el suelo de su imperio; hizo más, cerró seminarios; hizo mucho más, suprimió obispados; hizo muchísimo más; ¡sustrajo su imperio á la dominación de la Santa Sede!

Considera, alma cristiana, qué triste espectáculo debía presentar el dilatado imperio de Austria, dividiéndose sólo alguno que otro obispo en su vasto horizonte; considera qué monótonos debían ser los semblantes, faltando al conjunto las amenas fisonomías de los seminaristas, y en vez de sagrado reposo y de los pausados cánticos del coro, el ruido atronador de los talleres y el grosero atareamiento de las faenas mundanas.

¿Y Toscana? ¿Y la bella Toscana? La peste de la Reforma se extendió por su florido suelo; el gran duque abolió las cofradías; negó la autoridad del nuncio (con mayúscula) y prohibió que Roma interviniese en los procesos de los sacerdotes.

¿Y en Nápoles? En Nápoles se prohibió que las indulgencias produjesen dinero; se arrebató al Padre Santo la colación de los beneficios, se le negó la provisión de los curatos vacantes, y dejó de pagársele un simple tributo que consistía en una hacanea blanca, con herraduras de mera plata, con montura simplemente enriquecida y con una triste bolsa de seis mil miserables ducados que la nación pagara hasta entonces con encantadora religiosidad al Pontífice.

¡Ay! ya los ojos de las bellas napolitanas no se extasiaron en la contemplación de las bulas, cuya entrada en el reino fué despóticamente prohibida, al paso que por sarcasmo se permitía el abuso más antireligioso de las carnes y lacticios, tan ofensivas á la divinidad cuando no llevan en su compañía el documento que neutraliza sus funestos efectos; los obispos se vieron arruinados, teniendo que dar de balde las dispensas que antes se compraban á Roma: el Papa se vió privado de nombrar pastores para las Dos Sicilias; y por último, ¡vergüenza causa el recordarlo! el internuncio fué arrojado del reino.

Entre tanto ¿qué era de la pobre Europa?

Víctima de los enciclopedistas, sujeta al yugo de la razón inexorable, cada día menos resignada á la evangélica servidumbre, se olvidaba de rezar el rosario, con las raquíticas concepciones de los vanos eruditos.

El siglo XVIII mató la poesía, la religión y el feudalismo, el Pontificado. y no tuvo más que embriagueces para la canalla.

¿Qué divino misterio le mereció el obsequio de un comentario razonable?

¿Qué dogma tiene que agradecerle si quiera la cortesía de un regular acatamiento?

A lo menos en otro tiempo se impugnaban, se controvertían las materias religiosas; los mismos descreídos que por mera gala de ingenio tomaban parte en el debate, acababan por interesarse en el asunto y tomarlo por lo serio; se picaba el amor propio; se enardecía la pasión, y combinados los intereses del altar y el trono, se emprendían santas y gloriosas guerras, resplandeciendo así la gloria de Dios y las cacerolas de los conventos.

Mas ahora el ridículo, el desprecio, la estéril indiferencia...

¡Nadie se bate por un misterio, por un sacramento, por una declaración dogmática.

¿De qué ois disputar hoy, de la unión hipostática? ¡No! De la unión aduanera.

¿Son religiosas las comunidades de hoy? ¡No! Son asociaciones de intonso jornaleros, estúpidos hasta el punto de no saber ganar un céntimo sino á fuerza de vil trabajo, y poseídos de aquel satánico orgullo que no les consiente pedir la santa limosna.

¿Se estudia hoy el misterio de la inmortalidad del alma? ¡No! El del proletariado; institución divina que se empeñan en destruir los demagogos, sólo porque Dios dijo: *Semper erunt pauperes vobiscum*.

¡Ay del siglo, cuando disuelto en ceniza el día de la ira con asistencia de David y la Sibila...

Pues señor, el Papa quiso recobrar á Aviñon; pero la fe estaba tan perdida, que la Asamblea nacional francesa le vió venir y desbarató sus devotos propósitos, y con aquella chavacana solemnidad propia de las asambleas populares, declaró que Aviñon formaba parte integrante de la herética Francia.

Mas el Pontificado no por eso padeció desmedro en ninguna de sus tradicionales virtudes; y así como Pío VI habia usado de toda su energía mientras creyó que el dar muestras de ella podría ser útil á la causa de Dios, así también al convencerse de que las cosas mundanas iban tomando un nuevo sesgo, humilde y suave, blandiendo y acaramelado, solicitó la alianza de la república francesa,

por supuesto con las más cumplidas protestas mentales contra el infernal origen de cuantas ideas, instituciones y principios la constituían.

¡Ay! ¿Qué habla de hacer? Del lobo un pelo, dicen los mundanos; y con mejor derecho pudo decirlo siempre un Pontífice, y sobre todo entonces que ya los Estados generales habían reformado el clero y proscrito los santos votos monásticos y proclamado el derecho al pecado, esto es, la libertad de conciencia.

Por un hombre que no habla recibido órdenes sagradas, por un loco pecador, por la muerte del general Duphot, pidió Francia una reparación escandalosa; y el desdichado Pontífice fué arrancado de la santa ciudad de Roma y encerrado en un fuerte.

Allí acabó sus días mansa y humilde y cariñosamente con sus verdugos, pero siempre con el callado propósito de vindicar la ultrajada causa de Dios, si llegaba á escapar de las garras francesas.

Desgraciadamente Dios no juzgó oportuna aquella temporada para sus vindicaciones, y prefirió dar al mundo el espectáculo del entierro de su Vicario, que el de unas represalias sacerdotales.

Verdad es que el mundo era tan malo, que no merecía cosa mejor.

Ciento y cuatro días de oración y penitencia y piadosas conversaciones y correspondencias diplomáticas pasaron los cardenales reunidos en Venecia, y por último eligieron Papa al benedictino Chiaramonti, que tomó el nombre de Pío VII.

Su humildad y resignación fueron tan ejemplares que, sin esperanza de premio alguno en la tierra, consagró emperador al intruso Bonaparte, lo descasó, y si le hubiese dicho rueda, habría rodado.

Lástima grande que le hizo rodar sin avisarle.

No faltaron indiscretos, sin duda seculares, que tramaron conspiraciones contra el emperador y se las atribuyeron al clero.

Napoleón, á pesar de su talento y precisamente porque sólo tenía talento y carecía de fe religiosa, dió crédito á la calumnia, y por un bárbaro decreto que ni estaba en latín ni nada, destituyó el gobierno de Roma, declaró anexionados á Francia los Estados Pontificios y sumió al Papa en los horrores de la cesantía.

Pío VII al verse borrado de la nómina del pueblo romano, comprendió que Jesús iba á pasar amargas tribulaciones, y no queriendo consentirlo, apeló á las armas espirituales, únicas armas que em-

(Continuara).

IMPRENTA DOMINGO BLANCO.—LIBERTAD 91